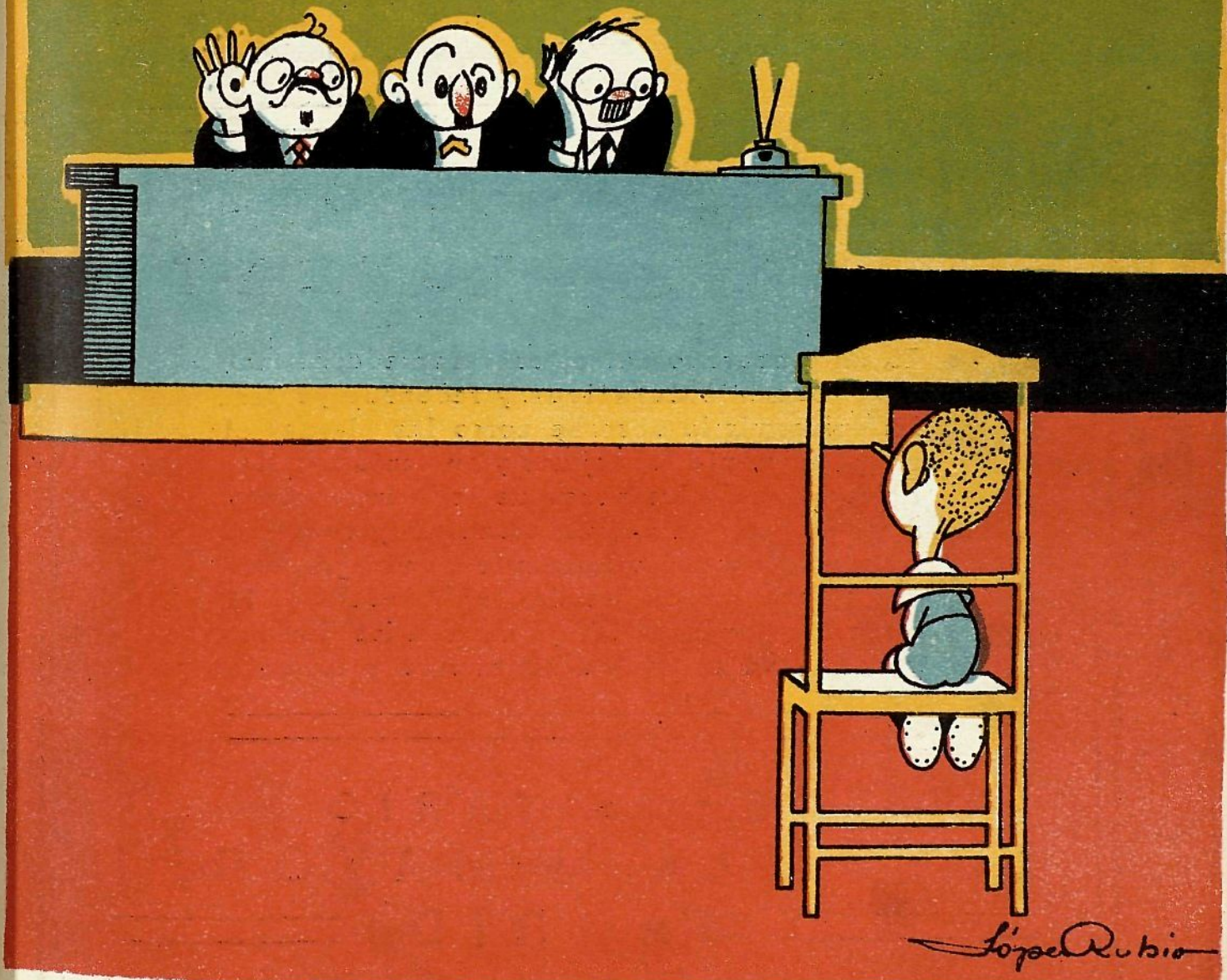


BUEN HUMOR

40 CÉNTIMOS



Lopez Rubio

Dib. LOPEZ RUBIO.—Madrid.

—¿Qué nos puede usted decir del año 1661?

—Pues... que era capicúa.

Ayuntamiento de Madrid



CREMA

LIDA

RECONSTITUYENTE

Es un preparado único, con propiedades maravillosamente curativas y reconstituyentes. La epidermis lo absorbe como las plantas el riego. Alimenta los tejidos y aumenta su elasticidad; limpia los poros de toda impureza y materia exterior nociva; blanquea y conserva el cutis; borra paulatinamente las arrugas, surcos y depresiones faciales, aplicándola en la dirección que en el dibujo marcan las flechas, y devuelve al rostro su tersura y lozanía

DEPOSITARIO
URQUIOLA. — MAYOR, 1
MADRID

SECCIÓN RECREATIVA DE "BUEN HUMOR"

por NIGROMANTE

22.—Para vestir.

Tiple D NOTA +
: TA5050 NIÑA — N
CALAMIDADES

23.—Absceso.

—¿No le has podido dar *tercia-dos* a Fermín?
—De ningún modo; a los diez minutos de comenzar la partida está hecho un *prima-dos*.
—¡Sí que es *prima-tres* el amigo!
—Peor que una *todo* de pesado.

24.—Para pedir una gracia

TONTO
RIVLON

ADVERTENCIAS

En nuestro pasatiempo número 15, donde dice *Para un pie sin T*, debe decir *Para un pie sin A*.

—El núm. 16 queda sin efecto por error en el fotograbado.

Cupón núm. 4

que deberá acompañar a toda solución que se nos remita con destino a nuestro CONCURSO DE PASATIEMPOS del mes de septiembre.

25.—Refrán.

Solares-Carabaña-M

mes

26.—Son muy ricas.

FORRAJE OS
FORRAJE OS

27.—¡La llave!

MES va a la feria.

MIS también va.

MOS no quiere ser menos y arrea.

MUS se decide a marchar.

MAS, en cambio, se queda en casa.

Para las condiciones de este Concurso, véase nuestro número 145.

Por doce pesos argentinos pueden nuestros amigos de Hispanoamérica tener un año de

BUEN HUMOR, pidiéndolo a nuestro representante

A. MANZANERA.—Independencia, 856.—BUENOS AIRES

En Buenos Aires sólo cuesta 25 CENTAVOS el número de BUEN HUMOR

PREMIOS DEL CONCURSO DE PASATIEMPOS DEL MES DE JULIO

Verificado públicamente en nuestra Redacción el sorteo de premios correspondiente al Concurso de julio, han resultado favorecidos los *pierdetiempistas* siguientes:

PRIMER PREMIO.—Un billete de la Lotería Nacional, núm. 36.411, para el primer sorteo de octubre próximo, a don Antonio Cura, de Melilla.

SEGUNDO PREMIO.—Medio billete de la Lotería Nacional, de igual número y sorteo que el anterior, a don Manuel Monjardín, de Madrid.

TERCER PREMIO.—Tres décimos de la Lotería Nacional, de igual número y sorteo que los anteriores, a doña Charito Maraver, de Madrid.

Los favorecidos pueden recoger los premios en nuestra Administración (plaza del Angel, 5), cualquier día laborable, de cinco a siete de la tarde.

CONCURSO DE PASATIEMPOS DE AGOSTO

Soluciones a los pasatiempos de BUEN HUMOR publicados durante el mes de agosto de 1924:

1. Ogro.—2. Anda y no cenés.—3. Mimado.—4. Maratón.—5. Mis párpados se cierran.—6. Macabeos.—7. Jacob.—8. Arroyo del Puero.—9. Badilazo.—10. Bateo.—11. Maraver.—12. Caramillo.—13. Enseñanza libre.—14. Espliego.—15. Tiralíneas.—16. Cara-Ancha.—17. Filipica.—18. Lepanto.—19. Caparrosa.—20. Pastelero.—21. Castelar.—22. Saico.—23. Alla en La Haya halla el aya para las niñas.—24. Pasaporte.—25. Después de los años mil.—26. Atanagildo.—27. El divino Calvo.—28. Novelista.—29. Perico Carranza.—30. Alfonsa.—31. Pitecantropo.—32. Arcipreste.—33. Parada de Zamora.

Se han recibido diez mil cuarenta y cuatro soluciones, resultando completamente exactas las treinta y una que firman los *pierdetiempistas* relacionados a continuación:

1. Luis de Tabira. Bilbao.—2. Joaquín G.^a Linares. Madrid.—3. Conchi-

ta Lorenzo.—4. Carmen Jimeno. Madrid.—5. Jesús R. Maraver. Madrid.—6. Encarnación Orbea. Sestao.—7. Carmen Domínguez. Portugalete.—8. Matilde Cortés. Madrid.—9. Delfina Alvarez. Portugalete.—10. Felisa Maraver. Madrid.—11. Elena Jiménez Castro.—12. Mariano P. López. Madrid.—13. Mercedes Peyrona. San Sebastián.—14. Carmen Rodríguez. Santander.—15. Matilde M. Cortés. Madrid.—16. Charito M. Cortés. Madrid.—17. Juan Guardiola. Zaragoza.—18. Santos Varela. Bilbao.—19. Manuel G.^a Reyes. Madrid.—20. Clemente Rodríguez. Madrid.—21. Felisa Alba. Madrid.—22. Adelita Peyrona. San Sebastián.—23. Porfirio del Campo. Madrid.—24. Pilar Alonso. Madrid.—25. José Vaquero. Madrid.—26. Enrique Pineda. Segovia.—27. Ramón M. Cortés. Madrid.—28. Eloy del Puerto. Madrid.—29. María Luisa Besses. Madrid.—30. Mercedes Blanco. Madrid.—31. Fernando Blanco. Madrid.

El sorteo de premios se verificará públicamente en nuestra redacción (plaza del Angel, 5), a las seis de la tarde del día 30 del actual.



Elegir con acierto

es su deseo fijo cuando tiene usted que hacer algún obsequio. ¿Está indeciso? Compre una caja de tres pastillas de

JABÓN HENO DE PRAVIA

Es un regalo práctico, elegante y con seguridad muy del gusto del obsequiado. Este jabón ideal de tocador mejora con el tiempo. Al usar la tercera pastilla de la caja, queda asombrado el consumidor de lo que el jabón ha ganado en dureza y fragancia.

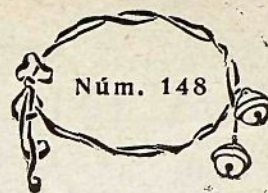
PASTILLA
150



PERFUMERÍA GAL. - MADRID

DESCONFÍE USTED

de quien le ofrezca los productos de la Perfumería Gal a precio más reducido. En todos los comercios de España, Baleares y Canarias, se venden a los mismos precios que en nuestras tiendas al detall. Es lógico sospechar de quien renuncia al modesto margen de utilidad en la venta.



LAS TEORÍAS DE EINSTEIN



Hoy me he levantado de mal humor y decidido a meterme con alguien. —¿Con quién?— preguntarán ustedes. Con casi nadie; nada menos que con el famoso, sabio, ilustre, profesor, químico, físico, matemático doctor *honoris causa* y súbdito alemán señor Einstein ¡y con su famosa teoría de la relatividad!

Esto tiene dos ventajas: que no comprometo ningún prestigio nacional y que, como el susodicho señor debe de encontrarse actualmente explicando su teoría por la Patagonia, no creo muy probable se digne venir exprofeso a romperme alguna de mis facultades anímicas.

Ahora bien; para hablar mal de una persona, hay que hacerlo noblemente ¡con franqueza! y, sin embargo, hay que confesarse que los que poseen esta cualidad son escasísimos. ¡Entran muy pocos francos en libra! (1).

Empezaré, pues, confesando que no conozco su famosa teoría; no la conozco porque no la he estudiado, y no la he estudiado por la sencilla razón de que ni siquiera la he leído. Luego esto le llevo de ventaja a todo el mundo, porque casi todo el mundo la ha leído o la ha estudiado, ¡pero nadie la ha comprendido!

Ustedes dirán seguramente: ¿Cómo se puede hablar mal de una cosa que no se conoce?

—¡Muy sencillo! Nadie conoce a La Cierba y todo el mundo habla mal de él. Hay, además, otra razón: creo sinceramente que para hablar con imparcialidad de una cosa es condición indispensable no conocerla. Por dos razones: primera, que puede influenciarnos, y segunda, porque hablar de las cosas que se conocen no tiene importancia. Nada tiene de particular el que un señor que haya viajado por Sud-América nos hable del Paraguay, y hasta

que se meta en *Honduras*; pero, si lo ha de tener el que, sin haber leído ni pasado de El Plantío, nos diserte durante tres horas sobre la sociología de los esquimales, o sobre los días de la semana en que se afeitan los lapones. Necesariamente éste tiene que tener talento, mientras que el otro puede ser más imbécil que jugar a la oca.

—Entonces —dirán ustedes— es que le tiene *tirria*. Nada de eso. Me meto con su teoría porque me parece mal. No porque sea de Einstein. Me daría lo mismo que fuese de *Einsteins*, del otro o del de más allá.

—Pero vamos al cogollo, que dijo el Dante. Empieza diciendo que no hay tiempo. ¿Que no hay tiempo? ¡Ni que estuviera subvencionado por la Chelito! A continuación añade que no hay distancia. ¿Que tampoco hay distancia?

¡No habrá distancia, pero él va en automóvil! Pero, en fin... ¿a qué seguir? Y es que no hay que dudarlo, su teoría es un camelo. Es un camelo de altura. Es un camelo de los Alpes. Sólo comparable con las glosas de don Eugenio D'Ors. ¡Claro que habrá quien diga que éste no es un camelo! ¡Dirá que es D'Ors! ¡O que es tres!

Pero nos desviamos de nuestro camino. Y es que es muy fácil dárselas de sabio. No hay que hacer más que lo que Einstein: cultivar la *posse*, hablar en alemán, llevar el pelo largo y el nudo de la corbata muy mal hecho—éste es un detalle indispensable—. Y decir que se ha inventado una teoría.

¡Ah, si yo fuera alemán! Me compraría un abrigo hasta los pies, unas gafas muy gruesas, unos cuellos absurdos, y llevaría la corbata en forma de lazo pampero. Daría conferencias sobre la utilización de los neumáticos viejos para la obtención de pastillas de goma, o sobre el poder substancial de la harina de almortas. Y para acabar, dejo lo más gordo ¡que es otra afirmación de Einstein! Pero, ¡agarrarse, porque aquí ya se ha soltado el pelo!

Y no es más que la siguiente *pochez*: que cuando un señor —o señora— se tiran de un quinto piso, no son ellos quienes caen a la calle, ¡¡¡sino la calle quien sube hasta ellos!!!

Y, francamente, a esto no hay derecho. Por varias razones: porque ahora resulta que todos los que se han suicidado por tan aéreo camino han sido más cándidos que una vela de esperma, y porque también resulta que la ley de la gravedad es un mito, no existe. ¡No habrá gravedad, pero te rompes la cabeza!

Y se me ocurre preguntarle al señor Einstein: ¿Desde qué altura mínima hay que tirarse para ser verdaderamente suicida? Porque seguramente el que quiera serlo tendrá que arrojar desde la azotea de un rascacielos.

Y sólo podrán hacerlo los norteamericanos.

MANUEL LÁZARO



(1) A no ser que sea esterlina.

Dib. SILENO.—Madrid.

VERANEO APROVECHADO

—¡Gertrudis!... ¿Cuándo has venido?
—Ayer. ¿Y tú, Beatriz?
—Vine anoche.

—¡Ya era hora!
—He estado en Albarracín.
—Pues yo he llegado ayer mismo de Londres y de París con mi señorita Carmen y mi señorito Gil.
¡Viene más gordo y más guapo!...
—¿Y te has divertido?

—Sí.
Tengo que contarte cosas...
—Pues yo he gozado por mil. No se lo digas a nadie, ¡pero ha habido un lío allí, en el pueblo, entre mis amos!... Al señorito Joaquín le cogió la señorita (¡si me llegasen a oír!...), le cogió un día una carta de una dama de París. Cuatro carillas escritas con unas letras así:
—Como escribe mi señora.
¿Era papel chiquitín

y tenía las esquinas de color azul turquí?
—Precisamente.

—¡Dios mío!
¿Quién podía presumir?...
—¿Qué coincidencia, Gertrudis!
—¡Y qué ejemplo, Beatriz!...
¿Y a ti, te han salido novios?
—Un hortera, un alguacil, dos mozos, un futbolista y un somatén... hasta allí.
—Pues yo, por el extranjero, a pocos hice tilín; pero, en cambio, el señorito... (no lo vayas a decir) se ha empeñado en cortejarme y me ha puesto, no en un tris, sino en más de cuatro *trises*.
—¿Es de veras?... ¡Qué pillín!
—Me pidió que le quisiera, y le dije yo que sí cierta noche que su esposa se largó con una miss algo alegre por las calles de Londres.

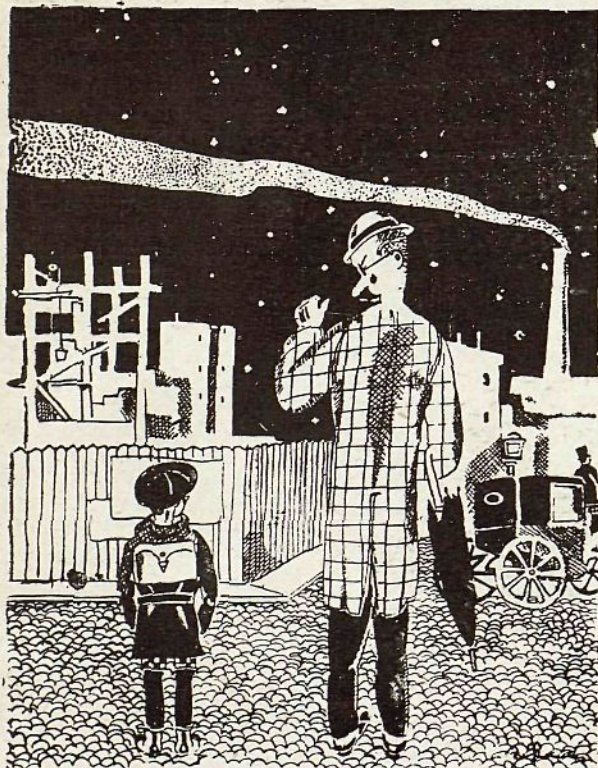
—¡Qué zascandil!

También pretendió mi afecto, sin menearse de aquí, hace tres años o cuatro.
—Pues bien podemos decir que si ella es una veleta él es un veleta... En fin, ya estamos de vuelta todos. ¡Dichoso quien ve Madrid!
—Dichosa tú que has corrido tanto en el tren; yo, infeliz, no he visto más que tres pueblos como tres granos de anís.
—Pues fastídate: nosotros estuvimos en Berlín.
—¡Y nosotros en berlina, que es peor!

—Bueno, a vivir... y adiós, que me llama el amo.
—¿Después nos veremos?

—Sí.
—Pues hasta luego, Gertrudis.
—Hasta después, Beatriz.

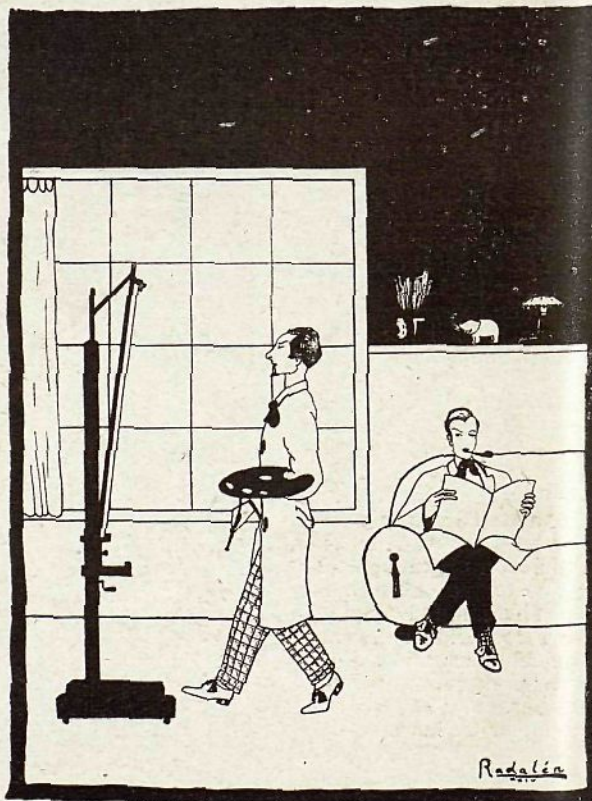
JUAN PÉREZ ZÚÑIGA



ASTRONOMIA PRÁCTICA

Dib. Elfas.—Madrid.

EL PROFESOR MIOPE.—Ahí tienes bien clara la vía láctea. Supongo que no se te olvidará.



Dib. RADALÉN.—Madrid.

—Esto lo pinto a ratos perdidos...
—¿Sin contar el lienzo y los colores?



Dib. RAMÍREZ.—Madrid.

—¡Cincuenta y siete pesetas y media! Son muy caros estos zapatos. Ya podía usted bajarme algo.
—Lo más que puedo hacer, por ser usted, señorita, es bajarle la media...

CUADROS PINTORESCOS DE CASTILLA

Desde Ayllón—España—provincia de Segovia—a 400 metros de altura sobre el nivel del mar que ustedes gusten.

Nosotros hemos estado en una romería de un pueblecito castellano. Esto no tiene nada de particular y no aspiramos, por tanto, a que se nos condecora. Se lo contamos a ustedes porque tenemos ligeros barruntos de que están ustedes hartos de que nuestros abultados cronistas no les dejen en paz hablándoles de la bella Easo. Esta bel-

dad y su celestinesca amiga la Concha tienen la culpa de todas nuestras molestias gástricas, que ustedes han atribuido hasta ahora a la leche amenguada, al tomate, al botijo y a la horchata. Estos cuatro papeles secantes de nuestro sudor son inocentes. El mal viene de la cosmopolita Donosti (pero hombre...), diluido en las crónicas pasadas por agua de nuestros *candys* literarios; esas crónicas bacterianas, las mismas de todos los años,

son las que nos gastroenteritean el verano a los que tenemos la elegancia de quedarnos en Madrid.

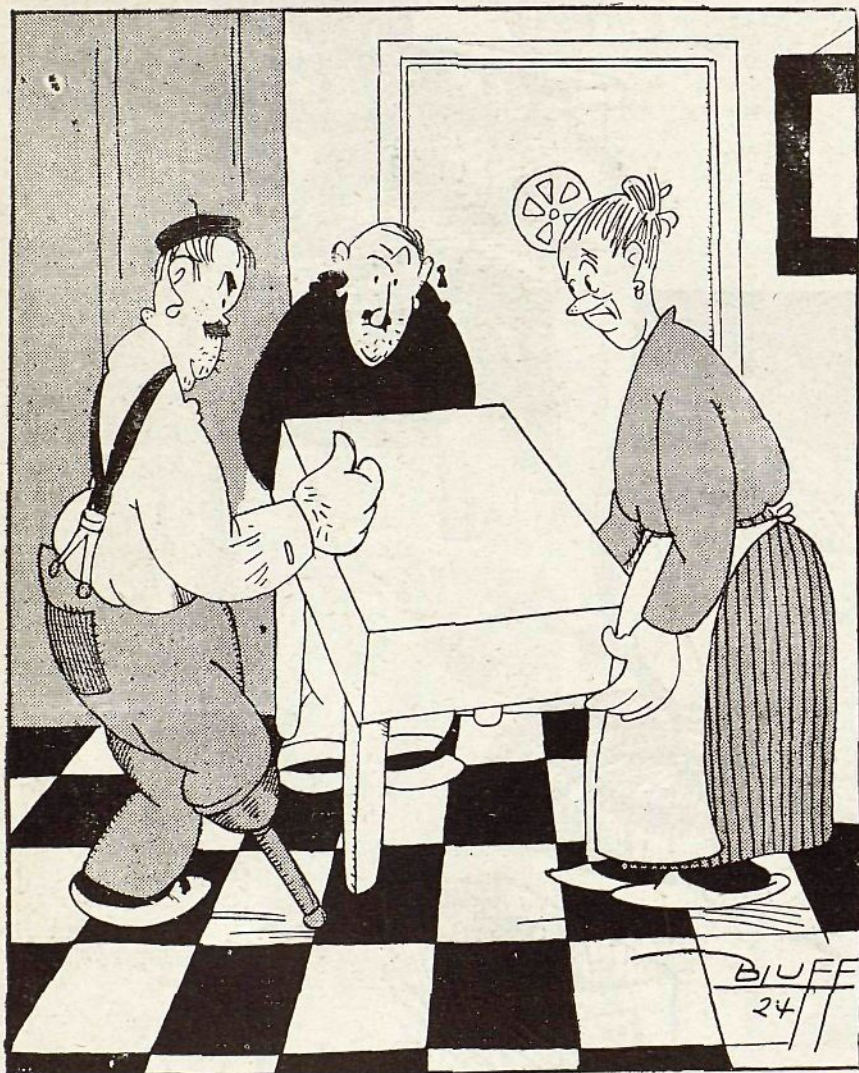
Creemos que ustedes tienen derecho a que se varíe de programa. Por eso les vamos a hablar hoy de lo que no les han hablado nunca: de una romería de Ayllón.

...

En medio—poco más o menos—de una área de pradera verde—respetadme el adjetivo por higiene— se levanta una ermita sin arte y sin complicaciones arquitectónicas. Nada de Renacimiento, ni barroco, ni plateresco, ni gótico. Aquí somos sencillos para levantar templos a una doctrina que aconseja humildad. Una casita modesta, maquillada con unos aleros tronchados de estructura de hojaldre; unos adobes, enseñando su deleznable paja (ahora el respeto le solicito de los elegantes cronistas de la consabida bella). Una campanita de sonidos claros y limpios, en lo alto y nada más. Ni árboles, ni ríos, ni carreteras, ni montañas. Cielo, tierra, aire y luz. Julio, Castilla. Lugar de meditación. Veamos cómo meditan los romeros.

—¡Con los dedos! ¡Eso se parte con los dedos!—le grita un romero a otro que se ocupa en la tarea complejísima de despedazar un cuarto de cordero asado—. El *cuarto asao* es, sin duda, el encanto de la romería que más gente arrastra. Suprimido el *cuarto asao* no habría romería que le sobreviviese. Acaso acudiera algún romero seriamente comprometido con el escabeche; pero es preciso confesar que el escabeche es de una inferioridad humillante como atracción de romeros. Claro que suprimidos ambos y derogado el vino, se puede augurar al santo el más vituperable abandono.

Sin embargo, el *cuarto asado* es un alimento horrible. Cuando le tomamos de manos del vendedor, ya le ha sobado media provincia; tiene brillo, y su acartonamiento haría infructuoso el intento de averiguar la fecha en que recibió los honores del horno. Quizás pudo lucir una juventud rosada en una romería remota; pero ahora tiene cara de viejo, arrugada; estirados los sebos; tiene unas gotitas de manteca solidificada y un *edgardopoesco* hueso amarillo, largo de tanto tirar de él. Huele como oían las antiguas diligencias, con ese olor angustioso que provoca el mareo, y a veces algo más que el mareo. En algunos sobrevive un ríñon desmayado, pero en casi todos ha sido timado villanamente en el momento de la elección. No obstante, hay quien lo come y algunos, según parece, lo digieren.



Dib. BLUFF.—Madrid.

—Bueno; vamos a llevarnos la mesa. Tú, Liborio, cógela por ese lado. Usted, señora, agarre esa pata.
—¿Y, usted, de dónde coge?
—¡Yo, señora, cojo de la pata derecha!...

Al lado de un carro unos mozalbetes convidan a gaseosa a unas muchachas. Es algo cómico un don Juan, en mangas de camisa, invitando a gaseosa a una dama de color escarlata, presa en la tortura de unos vestidos apretadísimos. Estas chicas dan la sensación de que se tocan con las galas de sus antepasadas y que sus antepasadas fueron, por desgracia, más enjutas. Tan apretadas las pobres, tan subidas de color y empujándose el delicado presente, parece que van a estallar.

En un apartado de la pradera está el baile. Un dulzainero hace grandes esfuerzos por que la música resulte un ruido molesto. Lo consigue plenamente. No tan plenamente como los músicos (?) del Stadium de Madrid.

Hay una falta grave de seriedad en los bailarines. Veamos por qué:

Nosotros hemos invitado a bailar a una doncella apretada. Acepta y nos ofrece un pañolito de mano, que rechazamos suavemente alegando que tenemos el nuestro. Nos advierte que es para no ensuciarla la blusa. Le tomamos por no disgustarla, demostrándole de paso que nuestras manos están limpias. Nos sentimos un poco cortados. Llevamos miedo de que la moza se nos rompa; no obstante, danzamos con cierta solemnidad. Notamos que la dama suda y nos regala un perfume de exudaciones capilares. Queremos decirle alguna galantería, ¿pero qué? ¿Qué se le dice, caballero *Des Grieux*, a una doncella que suda y que nos da un pañuelo para no ensuciarla?... Por fin nos decidimos a preguntarle que cuánto pesa, en nuestro deseo de demostrarla que nos hemos percatado de que está gordita. Ya charlamos como dos viejos amigos. De pronto se acerca un mozo y nos dice malhumorado:

—¡Haga usted el favor!

—El favor ¿de qué?—le interrogamos, algo sorprendidos.

—De dejarme bailar con ésta—y señala a nuestra jugosa compañera.

—Perdone el amigo—le decimos—, pero esta señorita no debe pensar que lo hago tan mal como para tomar una determinación tan violenta.

—Usted me hace el favor ahora mismo o...—nos grita de un modo jaque.

Se aproxima un sujeto, uno de esos apóstoles de la paz que nunca faltan, y nos advierte que se trata de una costumbre, y que hemos de soltar la pareja si no nos gustan las broncas. No son, por cierto, nuestra debilidad las broncas y nos decidimos a dejar la plaza. Traspasamos al entrometido el fementido pañuelo, con la misma solemnidad con que se cambian los toreros los *trastos* en el momento histórico de la alternativa; decimos adiós a nuestra Aldonza y nos retiramos un poco corridos a sacar en consecuencia que hay una falta grave de seriedad en estos bailes.

Nos alejamos de la pradera, ya de regreso. Volvemos, ya lejos, los ojos y

vemos la ermita sórdida y en su torno las siluetas de los carros; un torbellino de coloraciones hirientes que procederán de las mozas de los *pañuelos*; las notas albas de las camisas de los mozos castellanos, los que conquistan una pareja de baile por puños; y una masa amorfa, gris, inmóvil: los peregrinos del asado, en cuyos estómagos yo me

figuro una lucha homérica entre los jugos gástricos y la carne infernal.

Y allá, en el confin de la meseta castellana, el sol se marcha de una de esas cromáticas maneras que tanto dinero han dado a ganar a los brillantes cronistas de la bella Easo.

José ANDRÉS MORENO



Dib. BERNAD.—Barcelona

—Desde que la quiero a usted, Luisita, estoy medio tonto.

—Ya hace tiempo, Gorito, que me he dado cuenta de lo que usted me quería...

RAMONISMO

EL NUEVO AUTOMOVILISMO

Hay unos automóviles para dos personas que sirven para familias numerosas, pues donde cabe uno caben otros diez, según ha quedado consiguado desde que implantaron ese dicho los comedores de cocido.



Los automóviles son cada vez más perfectos, más guantes acabados y a la medida, más zapatos de charol a la medida.

De todos modos, a las fábricas les ha sentado muy mal los automóviles de alquiler. De todas las marcas circula alguno dedicado a la humillación del alquiler. Son generalmente coches que tocaron en una rifa, y que aquellos a quienes les tocaron vendieron a todo escape. (Dadas sus velocidades, un automóvil se vende mucho más pronto que nada.)

Los automóviles de alquiler toman un pasito trotón que da carácter a sus carreras, como si sus cuarenta caballos fuesen cuarenta caballos de alquiler, es decir, caballos flacos, renqueantes, destazonados.

Si se pudiesen materializar los caballos nominales de los automóviles, saldrían unas recuas desastrosas, como caballos de pesadilla camino del muladar.

El taxímetro tienta como el juego, y después de sufrir todas sus tentaciones, se incurre en él bajando el *croupier* la banderita del «hacen juego», que en lengua más técnica es el «¡va!», que sólo es remediable al final de la carrera.

El automóvil de alquiler convierte al que va en él en cajero que ha huido con los fondos y crea la irresponsabilidad de un administrador infiel.

La máquina de falsificar moneda del taxímetro sigue funcionando sin parar con su troquel de kilómetros.

Los taxímetros del domingo son especiales, y todos van a los Versalles del domingo incesantes e incansables, dejando velos blancos detrás.

El señor y la señora que se arreglan mucho en el domingo salen en el automóvil muy tiesos en su asiento, y dejando ella detrás en flameante cola los largos visillos del balcón grande, que se ha enanchado en el sombrero.

Van los dos como esos reyes que han ido de visita a una nación y dejan por todas partes retratos de ellos en carruaje.

No notan que el taxímetro los vende, como cajita que limita su poder y que es contador inexorable de su vanidad. ¡Qué miradas de arriba abajo a las

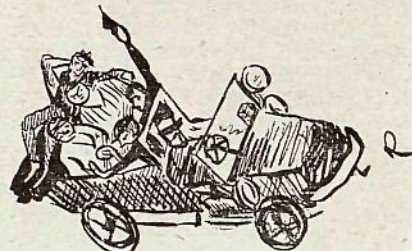


casas en que hay asomadas pobres gentes que no corren en automóvil! Todos los que están asomados parecen meterse dentro humillados, aunque lo que van a hacer es avisar a los que hay dentro para que se asomen a ver a don Procopio y su señora.

Hay un automóvil de los sábados, con palpación de cafetera, en que van los proletariados enloquecidos. Parece un automóvil de máscaras borrachas que lleva en la capota a la más borracha de todas. Van todos alegres, saludadores, como señores disfrazados de albañiles y tablajeros.

Ese automóvil del proletariado que

asusta a las calles del sábado con sus bocinazos chulos de bocina que ha bebido, deja perdidas unas cuantas gorras, y después busca en las afueras la vacada o la torada, por en medio de la que pasan como toreros triunfantes



que desde su burladero tocan los cuernos del que se descuida.

—¡Viva la nueva Internacional!—grita el más exaltado de todos, levantando su gorra, cuya visera es como un índice que señala al cielo.

El chófer va temeroso de que no le paguen y de que, al final, tenga que llevar a la cárcel a los compañeros que vigilan las calles de la futura revolución, como si ya pasasen revista a sus huestes.

El automóvil de los sábados es el que más de manifiesto pone la paradoja de la vida moderna, mostrando la satisfacción del advenidismo.

Las automóviles de alquiler han hecho asequible la grandeza y han involucrado la selección que suponían las velocidades. El automóvil de alquiler convierte en presidentes de repúblicas a todos los que van en él y ya ensayan en el fondo el saludo que sería conveniente y la sonrisa prospecto que ir arrojando al pasar.

RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA

(Ilustraciones del escritor.)

BUEN HUMOR se
vende en México
2.^a Victoria, 33

Barbero



XILOGRAFIA DE BARBERO

Una visita al Museo del Prado, en el año 2900

—Este es el famoso cuadro «Las Meninas», de Velázquez, que hemos restaurado recientemente.

LAS COSAS DE LOS TEATROS

LA HONRA DE MÁS ALLÁ

Una mujer engaña a su marido. La honra de él no padece: en todo caso, lo que sucede es que ella a la vista de la sociedad tiene el decoro un poco averiado...

Pero ocurre que el marido, en un momento de apuro, le da un «sablazo» al amigo de su esposa, ignorante, claro está, de los secretos amores de ambos.

¡Y la que se arma! Se entera la gente, la mujer se indigna, los comentarios hierven... ¡un horror!

Entonces, ya no es la honra del marido, la suya propia, la que se quiebra: es la honra que los demás nos dan y nos quitan a su antojo, lo que queda

convertido en un trapito sucio, arrastrado por el suelo. Llega poco menos que la de recortar capote al brazo al infeliz. Los cuñados, los hermanos, los padres, toda la familia, inician el alboroto.

Hasta la misma culpable echa todo a rodar y busca a su esposo y le interroga y trata de convencerse de sus «tragaderas», y al cabo termina por confesarle toda la verdad.

¡Caballeros, qué drama!

El ofendido, que en principio intentaba saltar la barrera... de los convencionalismos, cuando se da cuenta de toda la cruel verdad, se arranca por derecho y voltea a medio mundo.

Entonces la esposa comprende que su marido no es lo que ella se creía,

sino un pobre diablo que estaba situado en lo más alto de la copa del árbol que produce los higos. ¡Y se arrepiente de haberle engañado... y de haber pensado mal del triste sujeto!

Pero ya es tarde. (Generalmente estas escenas se representan al filo de la media noche, y en el teatro de Lara.) Ni la honra de él, ni la otra honra, ni la honra de más allá, pueden darse por satisfechas con unas frases de arrepentimiento y unos cuantos gestos de desesperación—muy bien expresados por Lola Membrives—y de amargura.

No obstante, éles magnánimo. Como todo ocurrió porque el hombre era un pelagatos y la mujer era poseedora de algún capital, la solución viene por el renunciamento de los dineros. El perdona, pero no olvida.

Se marcharán juntos allende los mares, a buscarse la vida por las buenas y a esperar, sin duda, que en los países que vayan a recorrer haya otra honra flamante, en buenas condiciones, que les permita vivir tranquilos.

Y he aquí la inquietud y la curiosidad del cronista ingenuo que suscribe:

¿Cómo será la nueva honra?

¿Tendrá la esposa un derecho reconocido a engañar al esposo? ¿Consistirá en el precio? ¿Será el antiguo concepto del honor inflexible y calderoniano?

Crean ustedes que nos gustaría recibir dentro de un par de años noticias de esta pareja interesantísima.

Si acaso llegan, no duden ustedes de que nos apresuraremos a hacerlas públicas, para calmar la naturalísima curiosidad de los lectores.

Lo relatado, con ligeras variantes, es la nueva comedia del ilustre D. Jacinto Benavente, estrenada con extraordinario éxito en el teatro de Lara la noche del viernes, 19 de septiembre.

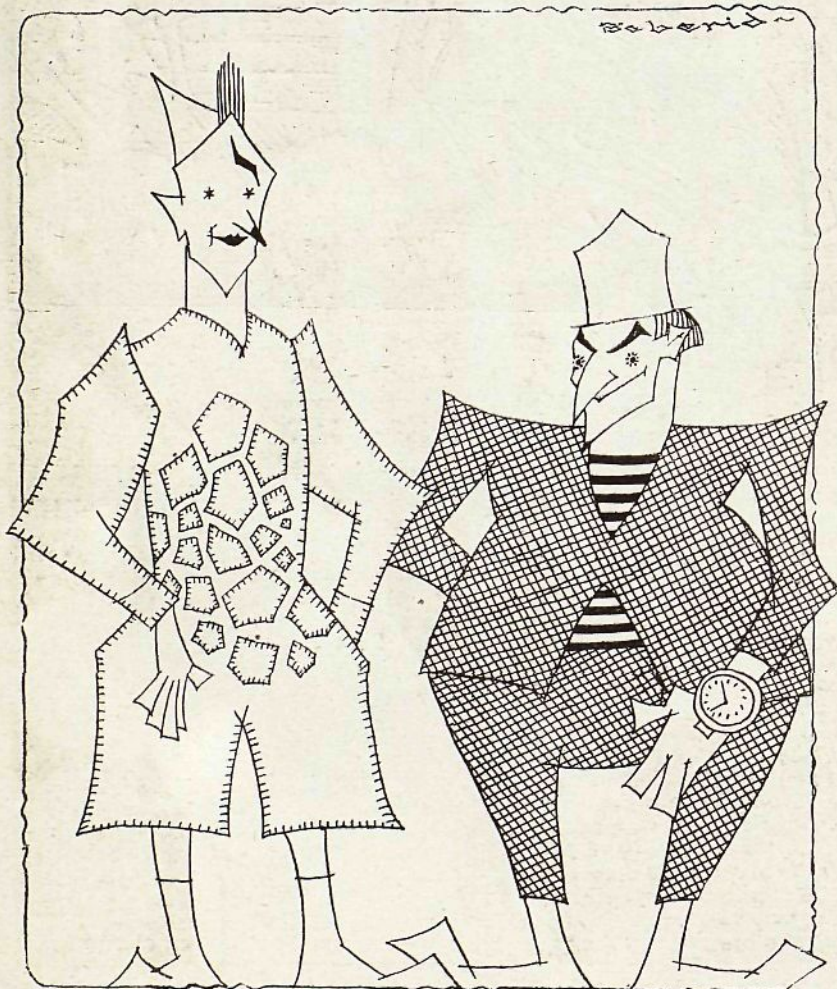
Lola Membrives, que tiene mucho más talento que lo que es costumbre por esos escenarios, alcanza en ciertos instantes el máximo del acierto. Otras veces, no; otras, regular.

El Sr. Soto, regular todas las veces... y perdóneme la franqueza.

El público estuvo mejor que ninguno. Iba decidido a aplaudir—le gustase o no—y representó su papel de auditorio frenético de entusiasmo, con tal dominio y tan extraordinaria seguridad, que todos salimos convencidos del gran éxito.

Con sinceridad, declararemos que, para nosotros, lo fué. Aparte el necesario tono cómico que han de llevar estas revistas de estrenos...

José L. MAYRAL



Dib, BBERIDE.—Madrid.

Antonet y Beby, del Circo de Price.

RESPONSO AL BOTIJO

1. El botijo ha sido al verano lo que las vueltas de piel en los gabanes son al invierno: no el símbolo; mejor, el contra-símbolo.

2. Un botijo lleva los pesos extremos: pesa demasiado cuando está lleno; en cambio, está a punto de volar cuando le cogemos vacío. Además, jamás le levantamos con esfuerzo proporcionado; unas veces tiramos de él como para sacar una muela, y casi se le diría una mariposa que se asusta del gorro aéreo que es el cazamariposas; otras veces sonreímos al cogerle y resulta que pesa tanto, que nos creemos que su base se pegó al suelo con la presión con que se pegan las lapas a las rocas.

3. No creemos que el botijo esté muy satisfecho cuando le beben su sangre —ningún asesino se ha atrevido a beberse la sangre a chorro, como nosotros hacemos con el botijo—, pero tampoco creemos que esté de acuerdo con el pie de madera cuando éste se agarra y sube con él. El botijo no le está agradecido; sólo le dice:

—¡Suelta, que me haces daño!...

4. Realmente, a pesar de ese elemento tan gracioso que es el pitorro, no tiene una imagen fisonómica posible; a pesar de las narices, que le faltan a tantas cosas que con pretexto de tres puntos marcados parecen absurdamente caras con sus ojos y boca, no parece nunca una cara. Nos esforzamos por creer que sí, sin embargo, porque nos da pena desperdiciar esas narices. —Qué afán tenemos por que las cosas parezcan rostros, ¿verdad?...

5. Un hombre nos contaba en la cárcel:

—¡Benditos sean los botijos! Yo pasé una vez por una venta seguido de cerca por la Guardia civil, que aún no me conocía. Yo iba sofocado y sediento como un lebre. Allí había un botijo regordete, que parecía decirme: «Bebe, bebe tranquilo; mi agua está fresca»... Titubeé aún, yo bien sabía por qué; pero él comprendió, y yo le oía decir: «Bebe sin miedo. Clava en mi vientre sin espaldas tus diez dedos asesinos. Si soy fresco, es que soy noble; y te doy mi palabra de que no me quedará con ninguna huella dactilar; ¡como me he de romper!»... Y bebí; su gran chorro hizo espuma en mi boca, y me hizo beber mirando al cielo. Los botijos tienen eso: agua y cielo, carne y alma...

6. Otra historia: En una casa había un botijo y un niño pequeño; y llegó una ruda sirviente, que bajaba por vez primera de su montaña. Y un día, metió el botijo en el agujero de la silla del nene, para que goteara en el orinalito que había debajo. Todos se rieron mucho, hasta que uno dijo sinceramente:

—Pues no es para tanto. Es una confusión muy natural.

7. En las ferias se venden gallos con un pitorro, un asa y una boca. No son botijos, ni son nada. Nunca cuajará ese «arte aplicado».

8. Los obreros de esta obra tienen un botijo que los da de beber por el ombligo. Es que se les rompió, y hubo que hacerle esa operación: le extirparon el pitorro. Le querían mucho todos; y cuando el maestro le operó con

cemento, todos se asomaban a los andamios o a los huecos de las escaleras sin hacer, por donde suben con cuerdas los ladrillos, y preguntaban:

—¿Cómo está?

—Parece que está un poquito mejor...

9. Ese rincón fresco donde ha estado el botijo todo el verano, habremos de secarlo con una hora diaria de brasero. Si no, habrá humedad todo el invierno.

10. El botijo siempre está de perfil.

11. Nos da lástima tirar los pitorros de los botijos que se rompen... ¿No habrá un coleccionista de pitorros?...

ANTONIO ROBLES



EL PARROQUIANO.—¿Sin cloroformo?

Dib. MATEOS.—Madrid.

“BUEN HUMOR” EN PARÍS

CRÓNICAS ABSOLUTAMENTE VERACES DE UN VIAJERO REGOCIJADO

LXXIII

Encantadores lectores: no se pongan ustedes nunca enfermos en París, primero porque yo lo sentiré muchísimo y me llevaré un disgustazo del que no se podrán ustedes dar idea, y segundo y principal, porque ponerse malo en París, y sobre todo pretender curarse la enfermedad, es una cosa mucho más laboriosa, complicada y difícil que so-

dónde le duele a uno o por qué se queja uno. Me juego parte de la cabeza (porque si la pierdo, no la quiero perder toda) a que no hay ni siete españoles de los que frecuentan París que sepan cómo se llama en francés a las anginas, al asma, al dolor de barriga y a la ataxia locomotriz. Gracias que sepamos pedir una sopa y un filete en un restaurante, saludar a una señorita (con movimientos de cabeza) y decir en

lugar del suceso no es bastante para los médicos, por geniales que sean, pues da lugar a malas inteligencias y a equivocaciones, como la que sufrió el doctor Dumettre con una marquesa extremeña, la cual noble señora padecía un cólico de ciruelas *reine Claude*, que la obligó a apretarse el abdomen con la diestra y la siniestra con frenético furor para que el galeno se diese cuenta de dónde la dolía, movimiento que sirvió para que el eminente doctor diagnosticase que todo aquello no tenía más causa que un *petit marquis*, que consecuencia nacería por la noche entre doce y doce y cuarto, calumnia vil que debió molestar por igual a la marquesa y a las ciruelas claudias.

Pero, en fin, dejemos a la marquesa (que, afortunadamente, está ya hace tiempo fuera de peligro) y ocupémonos de un servidor de ustedes. Por una de esas afinidades que hay a veces entre la aristocracia y la clase media, la enfermedad que a mí me ha aquejado ha sido la misma que fastidió a la noble extremeña: un cólico. Ahora bien: como ella era marquesa, el cólico pudo ser de ciruelas; pero como yo soy bastante menos, el cólico fué de aire... y gracias. No obstante, juro que me dolió lo mismo y en el mismo sitio, y no tendré que jurar que no llamé al doctor Dumettre por el legítimo temor de que el hombre me agraviase en lo más vivo del honor; pues un médico que piensa mal en cuanto uno se aprieta las regiones abdominales, que lo llame Rita.

Renuncio a describirles a ustedes las fatigas que yo pasé y los diccionarios que tuve que consultar para poder decir al doctor que me dolía *la tripe* y que se me iba *la fête* y que no me cobrase mucho por *la visite*. No quiero tampoco detenerme en explicarles la fiera discusión que el hombre mantuvo conmigo al oírme decir que el clima de París no me sentaba bien, pues se enfureció hasta tal punto que creí que me mataba sin necesidad de extender receta para ello, como es costumbre. El ilustre doctor, con creciente indignación, acabó por decirme que el clima de París era el mejor clima del mundo, y tan saludable, que los que aquí se mueren son unos idiotas; y añadió que no era el clima el que sentaba mal a los extranjeros, sino los extranjeros los que le sentaban mal al clima.

Resumen: que me auscultó, me pulsó, me recetó, me cobró, y no digo que me curó porque no es verdad, aunque debo decir que me curé (o mejor dicho, que se curó el cólico solito), porque es rigurosamente cierto.

Hoy ya estoy completamente bueno, gracias. Y advierto que estas gracias



EL «BOULEVARD POISSONNIÈRE»

Calle de París, que actualmente no ofrece más particularidad que la de que en ella se alza el edificio del diario *Le Matin*, que cometió la avilantez, en tiempos, de llamar Morra a Maura, de cuyo extravío no está arrepentido puesto que lo sigue repitiendo. En el momento de sacarse esta fotografía, funcionaba el aparato radiotelefónico que el periódico tiene instalado en uno de sus balcones, para que los transeúntes oigan los conciertos de la torre Eiffel. ¿Ustedes oyen algo? Me extrañaría mucho, porque yo, que estaba más cerca, no he oído ni palabra. ¡Palabra!

focarse en Siberia y que ir por la acera de la sombra en el desierto de Sahara.

Digo esto a cuenta de que yo he estado malo unos días (¡no se alarmen, que no ha sido nada, mil gracias sean dadas a Dios!), y mi modestísima enfermedad, que en Madrid la hubiera yo arreglado con doce pesetas de médico y un real de jarabe de ruibarbo, en París me ha metido en una de llos y de *quidproquoses*, que no me he agravado y he fallecido por uno de esos escandalosos milagros que a veces ocurren para que nos pasmemos de la sabiduría de la Providencia.

Uno de los más atroces inconvenientes que tiene para el extranjero el perder la salud en París, consiste en no poder decir lo que uno tiene, porque, como hay que decirlo en francés, generalmente no encuentra uno palabras y el médico tiene que ponerse a hacer ejercicios de adivinación para averiguar

la peluquería: ¡*la barbe*! y en el café: ¡*café olé*! (al pedirlo), ¡*garçon*! (al llamar para pagarlo) y ¡*mon Dieu*! (al ver lo caro que nos lo cobran). Aparte de estas elocuentes y variadísimas palabras, los extranjeros no decimos ni pío; y como nadie viene a París preparado para estar enfermo, y como los *manueles de la conversation* que se editan para los viajeros no han previsto el caso de que un turista agarre una pulmonía o contraiga una torficolis por volver la cara para mirar a Poincaré, resulta que, como he dicho antes, se encuentra uno ante el facultativo sin saber qué decir y sin saber qué hacer, como no sea lanzar gritos en magnífico español o llevarse la mano a la parte dolorida para que lo vea el médico y colija, sin hacernos preguntas a las que ni por el amor de Dios nos va a dar la gana de contestar.

Claro que esto de llevarse la mano al

se las doy a ustedes por haberse interesado por mi salud, pues aunque al principio de esta crónica di gracias otra vez, repasando las cuartillas he visto que sólo se las había dado a Dios, y aunque Dios está por encima de todo, también ustedes son hijos de Dios.

Y hermanos míos, aunque ustedes no quieran.

LXXIV

Por cierto, que con motivo de mi grave enfermedad, he hecho dos descubrimientos: uno de orden científico y otro de orden económico, que ambos a dos encienden el pelo.

El de orden científico se lo debo a *mi médico* (y digo mi médico, porque dudo que lo sea de nadie más, pues *primos* como yo hay muy poquitos). Dice el egregio especialista que él sustenta una teoría sorprendente: la de que las enfermedades no se repiten en el mismo individuo. Ustedes, por ejemplo, tienen sarampión una vez y no lo vuelven a tener en su vida. Un íntimo amigo de ustedes adquiere una gastroenteritis por asistir a un banquete de esos en que habla Francos, que son los más peligrosos, y esa gastroenteritis es la primera y la última: no le repite más. Y así sucesivamente... *Mi médico* todavía ha llegado a un mayor radicalismo en sus aseveraciones: asegura que sea cualquiera el grado de gravedad del mal, lo mismo el ligeramente benigno que el tremendamente catastrófico, no hay cuidado que se vuelva a presentar en el mismo enfermo.

¡Vamos, para que lo entiendan ustedes mejor: yo salgo de una pulmonía, y no hay peligro de que me dé otra pulmonía; y yo reviento de una tifoidea, y pasa lo mismo: que no me da otra tifoidea, se empeñe quien se empeñe...

¡Es maravilloso!!...

Pero más maravilloso aún es el descubrimiento de orden económico.

Hay en París una especie de casa de salud, llamada *Etablissement hydrothérapique d'Auteuil*, donde admiten enfermos nerviosos, previo pago de treinta francos diarios, todo comprendido. Dan una magnífica cama, una de duchas que espanta, gallina de vez en cuando, caldo de la misma (o de otra) a diario, leche de vacas de las más honradas que hay en París, postres variados, etc., etc.

Y como en el hotel donde yo pernoco cobran cincuenta francos, y no logra uno ver más aves que las moscas ni más leche que la que introducen en el biberón del niño del dueño, he decidido ponerme nervioso inmediatamente y solicitar mi ingreso en el *Etablissement hydrothérapique*.

¡Lástima es no haberlo sabido antes, y no estaría yo en el triste estado de delgadez en que me han puesto los restaurantes parisenses!

¡Porque han de saber ustedes que desde que yo vine a esta ínclita villa estoy perdiendo carnes a ojos vistas!

Y con un peligro mayor: que el día que se enteren los habitantes de París de lo que yo estoy diciendo de ellos en *Buen Humor*, me da el corazón que voy a empezar a perder huesos...

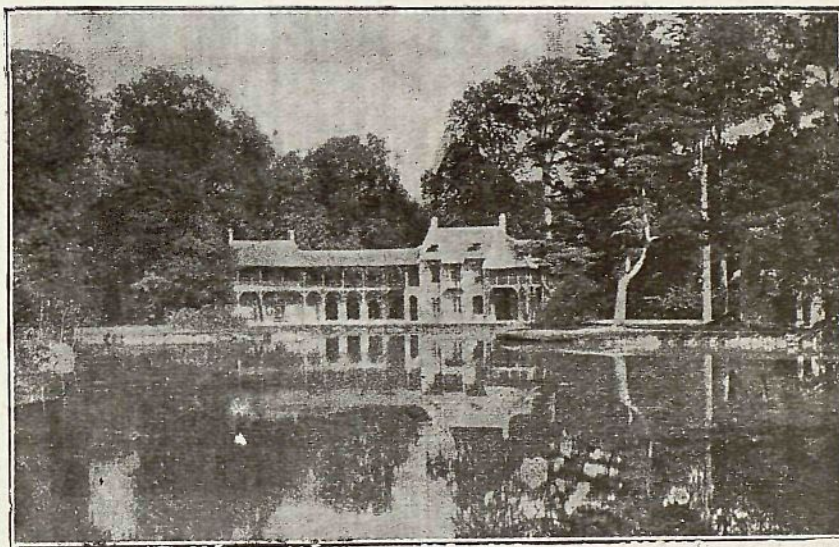
LXXV

Dediquemos unas líneas a los mutilados de la guerra.

Lejos de mi ánimo, ¡oh, sí!, el elaborar ni la más torcaz y cándida chirigota a propósito de esos héroes que han perdido un brazo o una pierna o

Esto da margen a formidables confusiones. Aquí un tendero le llama granuja a un acaparador y el acaparador requiere una franca y le parte un brazo de un estacazo, e *ipso facto* el tendero sale de paseo y no tiene inconveniente en que le saluden sombrero en mano, como a una víctima de la guerra. Aquí, una suegra le vacía un ojo a un yerno por rivalidades del oficio, y el interfecto no se sonroja cuando un transeunte se equivoca y supone que es la retirada del Aisne la que le costó un ojo de la cara.

Y eso, señores, es fastidiarse con la capa puesta en los mutilados legítimos,



«LE HAMEAU», EN VERSALLES

Esto de le hameau, que pronunciado con todas sus letras, como en castellano, suena a demonios, no es ni más ni menos que el famoso grupo de casas rústicas que María Antonieta hizo construir para que sus damas jugasen a las pastoras, mientras los parisenses se morían de gazuza y amenazaban con hacer y acontecer si no se arreglaban las cosas. Aunque restaurado en 1899, ofrece tan poca seguridad, que los conservadores de los monumentos de Versalles piensan prohibir que se estornude ni que se lance otra clase de aires violentos en sus proximidades.

una oreja o veinte dedos por el honor de Francia y por fastidiar al kaiser aquél de quien seguramente ya no se acordarán ustedes. No he de aludir impertinentemente, ¡jah, no!, a nuestro Cervantes, que en Lepanto perdió un brazo y que en vez de llorar por las calles se entretuvo en escribir esa tontería del *Quijote*, que si la llega a escribir cómodamente no sé a lo que hubiese llegado el hombre. Me parece bien que cuando en un tranvía entra un cojo de Verdún o un manco de Charleroi, o un tuerto del derecho, le cedamos el asiento, le demos tabaco y hasta le besemos en la nuca. Pero lo que no me parece tan bien es que los parisenses se enternezcan delante de todos los cojos, de todos los mancos y de todos los tuertos que andan por medio de las *rues*, y digan que se encuentran así por culpa de los alemanes.

que, dicho sea en honor a la verdad, no son más que diez y nueve o veinte en todo París.

¿Quieren ustedes una última y suprema razón, que les demuestre que los parisenses se han propuesto ver mutilados hasta en la sopa?

Pues es la siguiente: el mes pasado cruzó Romanones, a pie y sin dinero, por la plaza de la Opera. A su paso, nada jacarandoso, formóse un grupo de silenciosos admiradores, y uno de ellos, con intensa emoción, lanzó estas frases:

—¡Tiens!... C'est un mutilé... Vive la France!!...

Y no le sacaron en hombros de la plaza (de la Opera), porque en París no es costumbre.

ERNESTO POLO

París. —Café d'Harcourt.—Septiembre.

MOISÉS

Mucho ha dado que discutir la historia de este célebre agitador de multitudes, y como ocurre frecuentemente con estos personajes de la antigüedad, son relatos más bien confusos y generalmente mal documentados los que nos narran su historia.

Auxiliándonos de referencias recogidas en el país en que habitó, oídas de gentes cuyos antepasados le conocieron personalmente, hemos hilvanado unos apuntes que aclaran bastante su personalidad.

Por de pronto, no hay total acuerdo sobre su familia; ya sabemos que se ha hablado bastante y se ha tenido como cierto que su madre fué una joven de la tribu de los Levitas, y que temiendo el efecto de un bando del Faraón, en el que se dictaban justas medidas con ra los niños, lo metió en una

cuna impermeabilizada y lo echó al Nilo, de donde fué extraído por la hija del Faraón, etc., etc.

Son todas estas muchas casualidades. Y reconozcamos que es más natural la otra hipótesis, según la cual, la madre del bebé fué la propia hija del Faraón, de resultas de algunas conversaciones con un arpista del palacio.

Quizás por disimular, tal vez por ver si se ahogaba, el hecho cierto es que Moisés fué colocado dentro de una cuna en el Nilo.

Realizada la patraña y despistada la curiosidad popular, el niño fué criado en el palacio de la princesa por un ama.

La educación que recibió fué esmerada para aquella época, profundizó sus estudios en el derecho natural y fué gran aficionado a todas las ciencias ocultas. Instintivamente desde pe-

queño había preferido esta ocupación a cualquier otra.

Era amigo y protector de cuantos espiritistas y poseedores del don hipnótico y hábiles manejadores de naipes y astucias de la transformación hubo en el país.

Medium excelente, tomaba parte en cuantas pruebas se hacían en su honor.

Ya hombre, se interesó grandemente en las cuestiones sociales, ingresando en el Sindicato de hebreos.

A causa de las malas compañías y de su espíritu exaltado, cierto día, dejándose llevar por la ira, dió muerte a un egipcio que le estaba dando palmadas amistosas en la espalda a un israelita, lo que él tomó por riña.

El Faraón ordenó su captura, pero Moisés se fugó a un lugar casi deshabitado, donde enamoró a la hija del patriarca, una buena proporción, y se casó con ella.

Moisés entonces se dedicó al pastoreo, pero su carácter no se prestaba a la tranquilidad y poco a poco fué madurando planes revolucionarios.

De acuerdo con su hermano Aarón, que con su facilidad de palabra suplía la tartamudez de nuestro hombre, y en su compañía, se dirigieron al palacio del Faraón para pedir mejoras en el salario de los israelitas, reducción de la jornada de trabajo, etc. Pero al entrar decidieron pedir tan sólo la libertad del pueblo de Israel. Moisés abrigaba el proyecto de regir a ese pueblo.

La entrevista con el Faraón no fué seria. Moisés le dijo de buenas a primera:

—Vengo a que des libertad al pueblo israelita durante tres días, para una jira que vamos a hacer al desierto.

El Faraón soltó una carcajada, y entonces Aarón, para darle un susto, hizo como si tirase al suelo una vara que llevaba en la mano, y lo que hizo fué soltar una serpiente que estaba en una manga de su traje.

El Faraón vió el truco y descubrió, entre risas de los que presenciaban la escena, la vara escondida en la manga de Aarón.

Los hermanos salieron disputando del palacio.

Este fracaso no hizo desistir al salvado de las aguas de sus proyectos, y al poco tiempo comenzó otra vez con sus bromas.

Con ayuda de los israelitas hizo una recogida de ranas en las orillas del Nilo y las soltó en el palacio. El Faraón no se asustó nada, se comió unas cuantas y persiguió a las demás tirándoles cosas.

A esto de las ranas lo llamó Moisés «una plaga» y amenazó con otras. En efecto: al poco tiempo, y aprovechando un día en que el Faraón pescaba en el río, las aguas de éste tomaron un color rojizo, producto de un desprendimiento de tierras rojas, ocasionado por los israelitas.



Dib. MIHURA.—Madrid.

—¿Y dices que ese muchacho es albañil?

—Sí: es un chico muy modesto; ya es oficial, pero baila como un peón...



Dib. ERRASTI.—Bilbao.

EL CIEGO DEL VIOLÍN, A LA CHICA.—Ahí, debajo de la silla de ese señor que lee BUEN HUMOR, te has dejado una perra gorda.

Hubo uno que dijo que era sangre; el Faraón no lo creyó.

Los israelitas no se lavaron en algún tiempo, y producto de ello fué las nubes de moscardones que invadió Egipto, al gran contento de Moisés, que aseguró que era obra suya. También aprovechó una invasión de langosta para atribuírsela. Nosotros sabemos que la langosta sigue prodigándose en nuestros días, sin que nadie retenga un israelita en la esclavitud.

Del mismo modo se atribuyó la paternidad de un eclipse, y después, viendo que el Faraón, lejos de asustarse, se divertía con sus invenciones, conspiró con sus amigos y comenzó a matar ganado; y una noche, auxiliándose de los elementos más avanzados del Sindicato, organizó el asesinato de todos los primogénitos del país.

Esto ya molestó al Faraón, que, llamando a su presencia a los israelitas, les afeó su conducta y los expulsó del reino.

Los expulsados lo celebraron con una comida, en donde el plato principal fué el carnero.

Apenas hablaremos del célebre ca-

becilla; una vez en libertad su pueblo, cierto es que siguió luciendo sus aptitudes de prestidigitador y de hombre de ingenio indudable. Vadeó el mar rojo en forma sensacional; quizás se le pudiese reprochar el demasiado aparato de gran espectáculo con que rodeó este hecho sencillo.

El ejército del Faraón, que había salido en su persecución por causa de unas cuentas dejadas a deber, se ahogó en el mar por intentar pasarlo por un lugar de mucho fondo.

No se tiene en gran consideración las condiciones intelectuales de la gente de armas de aquel tiempo.

Moisés prosiguió, por lo tanto, dirigiendo al pueblo de Israel.

Mantenía la admiración de sus secuaces gracias a sus dotes de hombre de mundo.

Cierta aparición de unos sandwichs, llamado «maná», fué muy aplaudida, y no lo fué menos el alumbramiento de una fuente en una roca pelada.

El único momento en el que los israelitas dudaron de las condiciones de gafa de su cabecilla, es cuando éste les dijo:

—Ya estamos en el desierto.

Los israelitas consideraban imposible que fuese el desierto un lugar en donde había seiscientos mil hombres, que a esa cifra alcanzaban los del Sindicato.

Moisés, también extrañado, realizó con su pueblo una jornada más de camino y tornó a comprender que aquello tan frecuentado no podía ser el desierto. Entonces formuló una frase: —No hay desierto—y se tranquilizó.

Después de aquel suceso, se comentó mucho una excursión que hizo al Sinaí, y su enojo al encontrarse a su regreso con que su pueblo había organizado una verbena, y que cierto buey de oro (plata sobredorada) tenía gran aceptación.

También se comentaron las leyes que trajo en unas tablitas y otras de sus cosas, como las denominaban los israelitas.

Entonces Moisés se dedicó a la literatura, y, es claro, se murió de hambre.

EDGAR NEVILLE

HISTORIAS BREVES

EL INFLUJO DE LA FATALIDAD

La fatalidad es una especie de almeja con bufanda.

Creo que esta sola definición prueba de un modo tan rotundo que casi hace daño a la vista que la fatalidad es una cosa absolutamente incongruente y absurda. Llámesele *fatum*, o llámesele *tener la negra*, o la *perra suerte*, o la *tizná*, o el *cenizo*, o el *tirrichirri*, o lo *fatalitas*, o la *pata averiá*, o la *mala estrella*, o al *bisgori*, que todos estos nombres recibe en idiomas académicos y en jergas diversas, llámesele como se la llame, repito, lo que entienda la mayoría de la gente por fatalidad, es un concepto que encierra una incongruencia propia de vodelir francés.

La fatalidad igual conduce a la dicha que a la desgracia, y sin embargo, decirle a un amigo «me persigue la fatalidad», y marcharse el amigo a tomar el metro, avizorando en lejanía un sa- blazo de varios «laureanos fernández», son acciones simultáneas. Y es que en nuestros tiempos, presentarse la fatalidad y subirle a uno los comestibles, es sinónimo.

El pollo Edipo, que hoy día estaría voceando periódicos en la calle de Carretas, es el ejemplo más conocido de víctima de la fatalidad. Por culpa de ella y de su temperamento más volcánico que Yokohama, le arreó un zurrido a su padre y lo mató sin saber que era el autor de sus buenos días, se declaró a su excelente madre, ignorando también la pizca de parentesco que los unía y acabó sacándose los ojos, sin saber de igual, forma por lo visto, que las niñas eran suyas. Un cisco que lo pone música el maestro Serrano y son cincuenta llenos a rebosar.

Toda esta amalgama de tonterías es el prólogo necesario a la historia de Aquiles Epaminondas.

Aquiles Epaminondas, empleado en la Deuda y nefrítico, desde sus primeros balbuceos infantiles, era muy amigo mío. Nos conocimos una tarde, esperando a un tranvía de la Prosperidad. Doce horas juntos, parados en la acera, y presos en las mismas divinas ansias locomotivas, nos unieron más que un asesinato en colaboración. Después, el repartir para ambos el mismo tope de un 28, llevó nuestra amistad hasta el plácido estanque de lo fraterno.

Aquiles Epaminondas era un griego trasplantado a la calle de Alonso Heredia. Estos contubernios se suelen dar en la alcachofa terráquea. Aquiles parecía un personaje de Esparta con Licurgo, de Atenas con Pericles o de ver-

mut con bitter, porque le gustaba el ver- mut con un furor casi calvinista.

Aquiles era un hombre a quien perseguía la fatalidad como si tuviese que cobrarle una cuenta. Su vida era un rosario cenobítico de equivocaciones.

A lo mejor, se encontraba en la calle a la mujer de un amigo de la pubertad, que iba acompañada de su hijito. Pues bien, la fatalidad surgía avasalladora y Aquiles se equivocaba, le daba la mano al niño y luego tomaba entre sus dedos la barbilla de la mamá y le sacudía un beso que se lo dan al Judío Errante y renuncia a los viajes para siempre. Después de tal escena demoníaca sucedían dos cosas: o la mamá sonreía y al día siguiente Epaminondas tenía varias pesetas menos en el bolsillo, o la mamá le arrimaba un zurrido en la mandíbula. A aquellos los médicos llamaban traumatismo, pero a pesar de la delicadeza del nombre, lo que en realidad significaba era un mes de masajes faciales y algo de amnesia convulsiva. En honor de las madres españolas, será bueno apuntar que este segundo caso se repetía más que el *do* sostenido en las sonatas de Beethoven.

Otro ejemplo de la desgracia de Aquiles. Viajaba en una de esas cajas de pescado que se conocen con el seudónimo de tranvías, y le llegaba la hora de sacudirse los quince del «ala de la libélula». Pues bien: lo *fatalitas* se presentaba, se equivocaba Epaminondas y sacaba las tres perras chicas del bolsillo del señor que viajaba a su lado. Tortazo consiguiente, intervención de los cuarenta y cinco guardias que iban en la plataforma, división de opiniones, jazz-band, comisaría, etc., etc.

La influencia más desgraciada de la fatalidad se plasmó el día que iba a casarse Joaquín Golzudum, amigo común de nosotros. Aquiles y yo fuimos a la iglesia; la novia era una de esas preciosidades al clorobromuro que justifican en parte la gran idiotez de uncirse.

Golzudum llegó bastante tarde, como hombre torturado hasta el final por la indecisión más espantosa. Se le recibió con una ovación cerrada, iniciada por el coadjutor, pues ya se temía que le hubiese dado pereza ponerse el chaquet y que no acudiese a la ceremonia por aquella causa. Hubo «Obertura de Tannhauser», flores, piropos, páomas; el sol se filtraba por las policromadas vidrieras; un encanto.

En el momento de comenzar, Aquiles, que era el padrino, se equivocó de puesto y se arrodilló junto a la novia.

Golzudum se hizo el demente y se colocó en el lugar de Aquiles; concluyó el acto. La desesperación de Epaminondas al verse casado por culpa de la fatalidad con la señorita de Urruniz nos conmovió a todos. Pero ya nada podíamos hacer por él.

Al mes del matrimonio, la señora de Epaminondas se contagió de las equivocaciones de Aquiles y le engañó con Golzudum.

¿Ve el lector y la divina lectora el influjo imponderable de la fatalidad?

Desde entonces, la vida de Aquiles fué un tute arrastrado. Cayó de una desgracia en otra. Por fin, decidió poner fin a aquella existencia, que era más penosa de soportar que una discusión sobre la ley Hipotecaria. Compró un revólver, lo cargó, lo amartilló y se pegó un tiro. Sólo que se equivocó de cabeza y mató a su casero. Esto le ha valido que en su pueblo natal le levanten una estatua, y que su nombre figure en el libro en rústica de la historia, como un paladín de la libertad.

Hoy, Aquiles vive en Marte. Salió una tarde de paseo en aeroplano y, al volver, se equivocó de planeta.

ENRIQUE JARDIEL PONCELA



**SOMBREROS
BRAVE
6 · MONTERA · 6**



Marín

Dib. MARÍN.—Madrid.

COTILLÓN

—¿Pero ve usted qué figura hace el barón?...

—¡Pchs, creo que la tercera!...

ANUNCIOS RECOMENDADÍSIMOS

HAY QUE LEER UN RENGLÓN SÍ Y EL OTRO TAMBIÉN

Riquísimo queso de bola, a dos pesetas kilo. ¡Baratura excepcional, por importarlo directamente de Holanda!... El que lo dude, que venga y se convencerá. ¡No es mentira! ¡Es bola!—Bola, 15, comestibles.

Se traspasan, en inmejorables condiciones, los siguientes establecimientos: La zapatería de Atocha, 190, titulada *La cámara de los pares*; el café de Magdalena, 88, titulado *A la limpieza del moka*; el puesto de refrescos de Recoletos, 75, titulado *¡Arriba el limón!*, y la camisería de Príncipe, 99, titulada *Paracuellos de Franela*.—Dirigid ofertas a Lista de Correos, billete de mil pesetas número 1.720.487, ó discurso de Francos Rodríguez número 80.779.999.

¡¡AGRICULTORES!!

¡¡GANADEROS!!

¡¡PROPIETARIOS DE GRANJAS!!

¡FENOMENALES INVENTOS, PARA INTENSIFICAR VUESTROS NEGOCIOS Y AUMENTAR VUESTRAS GANANCIAS

Procedimiento infalible para criar cerdos que produzcan espontáneamente el jamón en dulce, inoculándoles la diabetes.

Método segurísimo para que las gallinas pongan huevos aunque no tengan gana, que consiste en comprar unas cuantas docenas y ponerlos ustedes por todos los rincones, al ver lo cual las gallinas, para no ser menos, los ponen también.

Sistema novísimo para abonar las tierras con billetes de mil marcos, que, aparte de que son una porquería, y las porquerías son el mejor abono, no sirven para otra cosa.

ADVERTENCIA.—En Alemania no es posible emplear esta clase de abono, pues si alguien tuviese la osadía de querer abonar una tierra con billetes de mil marcos, le darían un estacazo y le pedirían que la abonase con rica plata o que no volviera a pensar en ella.

¡PEDID HOY MISMO NUESTRO FOLLETO!

SOCIEDAD AGRÍCOLA-FUTURISTA

HUERTAS, 80 (Antes HUERTAS, 4.) (Y antes, ninguna huerta, lo que explica el crecimiento de nuestra importancia en menos de un año.

El hálito helado. Comodidad y lujo no conocidos hasta el día. Especialidad en cajas de alquiler. Personal absolutamente serio, y previo pago extraordinario, pasa de ser lo a afligidísimo. Unica casa cuyos coches tienen en sus ruedas, en vez de llantas, llantos. ¡Aprovechen la ocasión e hinquen el pico lo más brevemente posible! ¡Redajas a familias!—Sacramento, 55.

INTERESANTÍSIMO

¿VERDAD QUE PARECE IMPOSIBLE QUE CON EL PRECIO QUE HOY ALCANZAN LAS SUBSISTENCIAS PUEDA ADQUIRIRSE LA MERLUZA A 45 CÉNTIMOS?

¡¡ES INAUDITO, PERO ES VERDAD!!

No hay más que ir a la taberna de Recuero y tomarse tres quince

¡Y que por un ridículo desembolso de cuatro perras y media se van ustedes con la merluza, es histórico!

¡PARECE MENTIRA QUE NO HAYAN CAIDO USTEDES ANTES!

¡PERO PRUEBEN LOS TRES QUINCES Y VERÁN COMO CAEN!!

Vendo un puro de treinta céntimos por no poderlo encender. Inútil presentarse sin intenciones de llevárselo y sin cien cajas de cerillas por lo menos.—Joaquín Tirado (¡el puro debía estar igual!), Ave María, 48.

Vendo dos automóviles, uno de ellos que anda ochenta kilómetros por hora y otro bastante usado que anda diez. No quiero engañar a nadie. Y además, estoy seguro de que el que vea el segundo auto dice *anda, diez!* en cuanto lo vea. No obstante, no teniendo mucha prisa, no deja de ser conveniente el vehículo; y también puede servir para bromas de buen gusto, tales como prestárselo a un amigo para que vaya a París, pues respondo que no pasa de Torreloredones, y esto siempre tiene gracia.—Para tratar, Carretas, 2.

VENTA DE CANGREJOS

La Sociedad de Tranvías vende tres vehículos de los de vía estrecha, desechados por inservibles.

Pueden utilizarse principalmente para astillas o para hacer leña, aunque echar un cangrejo a la lumbre resulta una crueldad.

También pueden emplearlos los hombres curiosos y científicos para estudiar el desarrollo propagación, incremento, costumbres y psicología de la chinche.

¡¡ES UNA GANGA!!

(Para la Compañía si los pudiera vender.)

DOMÍNGUEZ, fotógrafo, por tres pesetas les hace a ustedes seis visitas y, además, pregunta por la familia y besa a los niños. Americanas no hace, pero si tienen ustedes mucho interés, les puede recomendar a su hermano, que es sastre. Los retratos que no gusten a la clientela los arroja al fuego sin más discusiones, es decir, los convierte en retratos *al carbono*. Los grupos que hace este eminente fotógrafo no hay guardia de seguridad que los disuelva. Y lo que dicen que dijo la zorra al busto, no se hubiera atrevido a decírselo si el busto lo hubiese hecho Domínguez. ¡Retratados en seguida (con las tres pesetas) y os convenceréis!

LAS CUATRO COPAS

SOMBRERÍA DE FACUNDO ALAS

¡ÚLTIMAS NOVEDADES DE LA ESTACIÓN A PRECIOS EXCEPCIONALES!

LOTE DE HONGO, PAJA Y COPA, 25 PESETAS

PAJA CON UNA PLUMA DE PAJARO, 10 PESETAS

HONGO SOLO, 8 PESETAS

COPA SOLO, COMO UN HONGO, 8 PESETAS

COPA SIN PÁJARO, 7 PESETAS

¡Los sombreros de esta casa quitan la cabeza, pero sin peligro para la salud!

Nosotros, que hemos cubierto a tanta gente, hemos descubierto un método para conservar el color inalterable de nuestros sombreros. Nuestros negros no pierden nunca. ¡Si no se hubiese prohibido el juego, se convencerían ustedes en seguida!

Necesito una criada que no sepa cantar *La Java*. Si hay alguna en España que se encuentre en estas condiciones, la pagaré quinientas pesetas mensuales y haré un seguro de vida en beneficio de sus hijos.—Juan Gómez, Cabeza, 5, y cabeza como un bombo.

— Agente anunciador: NÉSTOR O. LOPE

¡Que brilla mucho, no cabe duda!
Sale a la escena medio desnuda
y la otra media, medio vestida,
con tantos falcos y lentejuelas
tan rebrillante, tan encendida,
que deja ciega su luz fingida...
¡y dejan sordo sus castañuelas!

Con grandes tiras
y en letras gordas, seguro es que halles
su nombre impreso, si es que tú miras
las bocacalles...

¡Y ese es su orgullo y eso le alegra!,
que a otras las ponen, que ella recuerde,
con tinta roja o azul o negra,
y en cambio a ella la ponen verde.

¿Será una artista
que admire España con embeleso?
¡Pues no, señores; no hay nada de eso!

¡Es la Evarista!
La hija segunda de una portera
de genio arisco
que vive hace años en la Carrera
de San Francisco.

Quiso la madre, muy española,
que fuese *estrella* del *cante* fino;
la dió lecciones un bombardino
del regimiento de Ceriñola,
y en poco menos de seis semanas
aprendió el *cante*,
cuatro *cupleses*, dos sevillanas,
un zapateado despeluznante,

¡y he aquí en dos meses a la Evarista
dándose pisto y hecha una artista!

Eso sí, gana por cada noche
siete pesetas más el café,
y si hay un *primo* la paga el coche
y si no hay *primo*, se vuelve a pie.
Ni choca a nadie por su hermosura
ni tiene gracia ni tiene sal.
¡Sólo le vemos una *asaúra*
fenomenal!

Sale al tablado, y en cuanto asoma,
la gente joven lo toma a broma;
y si, mareada por el perfume,
da un par de gallos, o si se pierde,
como en las tiras de que presume
¡hasta la *claque* la *pone verde*!

Pues igual que ésta, por las señales,
debutan muchas durante el mes
en esos sucios amplios corrales
donde se sirven las *varietés*.

Hay mucha gente que no se explica
por qué a la chica
de la portera,

que canta y baila de una manera
que da vergüenza de puro mal,
la llamen todos, con mil halagos,
estrella mágica, celestial. .

¡Y es que recuerda la de los Magos
porque la vieron... en el *portal*!

FIACRO YRÁYZOZ



¡MUJER!

BELLEZA. PLACERES.
ILUSIÓN...

SELLO YER

¡SALUD. ALEGRIA.
BIENESTAR...

Suprima usted los dolores nerviosos
y sera usted dichosa

SELLO INSTANTANEO
YER
PRECIO 40 PESETAS

UN VINO QUE SE SUBE A LA CABEZA



UN PERIODISTA MAS

—M'alegro verle güeno.

—Salud, señor Nicasio...

Bien; antes de seguir voy a presentar a ustedes al señor Nicasio.

Le conocí un verano que hube de quedarme solo en Madrid.

Mi familia salió de baños, y yo no pude ir con ellos por impedírmelo mis ocupaciones y el kilométrico.

Quedé solo, como digo, y para quince días que iba a durar esta soledad, tenía, en mi bolsillo y en el Banco, unas cien pesetas, con las que había que agenciarse el yantar diario.

Me hice mi composición de lugar, y entre comer un día sibaríticamente, con champagne y todo, y ayunar catorce, o comer regular y hasta con Valdepeñas durante quince días, me decidí por esto último; y mis huesos, con su correspondiente carne, fueron a dar en una taberna, que no cito porque el anuncio gratis no se lleva.

En esta taberna conocí al señor Nicasio.

Empezó nuestra amistad entre un cocido con su verdura y todo y una cosa que la tabernera llamaba longaniza (¡Dios la perdone la mentirala!), y quedó afianzada con caracteres imborrables, comiéndonos mano a mano una fuente de judías y trasgando unos cuantos frascos de lo tinto; del número de frascos no me acuerdo, pero pongamos tres.

Desde entonces, y siempre a la hora del condumio, el señor Nicasio y el que relata fuimos íntimos.

Pasaron los días, regresó mi familia y el hogar me reclamó de nuevo.

Dejé, naturalmente, de ir a la taberna, y el señor Nicasio me juró con

lágrimas en los ojos, que es donde generalmente se tienen las lágrimas, me juró, repito, mientras se soplabá uno con seltz y pedía otro, que sentía no tener doce de familia para jurarme, por los doce inclusive, que nuestra amistad ni se enfriaría nunca, ni llegaría a la tibieza.

Dejé de verle diariamente; pero raro es el mes, y de esto hace ya tres años, que no me le encuentre por lo menos un par de veces.

Sin duda, para darme una prueba de amistad, me sablea siempre que me encuentra, pero debo confesar que sus sablazos no son nunca de gravedad: jamás en la agresión llegó a la peseta; yo calculo que la amistad del señor Nicasio vendrá a salirme al año por unos setenta reales, que no es caro para lo mal que se está poniendo todo.

Una vez, lector amigo, que ya conoces al señor Nicasio, reanudo, que diría él.

—Salud, Nicasio.

—M'alegro de verle una muchedumbre y m'alegro por tres cosas: la segunda, y perdone usted que «transgirse» el orden, porque le veo güeno; la primera porque está usted bien, y la tercera por... ná, que con la alegría de verle a usted me se ha ido de la cabeza—; y al mismo tiempo que esto decía levantaba su mugrienta gorra, rascaba su calvicie y escupía, todo a un tiempo—. ¡Ná! que no me acuerdo. ¡Maldita siá!

Viéndole verdaderamente contrariado por el olvido, le refresqué la memoria diciéndole: La tercera es por pe dirme sesenta céntimos.

—¡Ay mi madre! Que sí, señor; que

ha dao usted en la yema. Por eso era, sí, señor. ¡Me deja usted pasmao! Ha acertao usted hasta el guarismo—y esta vez me presentó su mano izquierda, en cuya palma deposité unas perrras.

—¡Quiero pedirle a usted otro favor!

—¿Que te complete la peseta?

—No, señor; no es por ahí.

—Habla entonces.

—Antes deme usted un pitillo, porque he notao que fumando me salen los «concetos» hechos.

—Ahí va la petaca; tienes que hacértele.

Se agarró a ella con el mismo entusiasmo que un náufrago se agarraría a un madero, y mientras me dejaba sin tabaco, decía:

—Me le haré obrero; cuanto más humo echo me se antoja a mí que hablo mejor; papel tengo—dijo rechazando el que yo le ofrecía; y sacó una hoja de papel que, por el tamaño, me figuré que lo que iba a envolver era la petaca. Lió, al fin, su pitillo, que una vez hecho parecía un puro blanco, le encendió el hombre y echando el humo a bocanadas, me dijo:

—Quiero hacerme periodista de esos que escriben en los papeles.

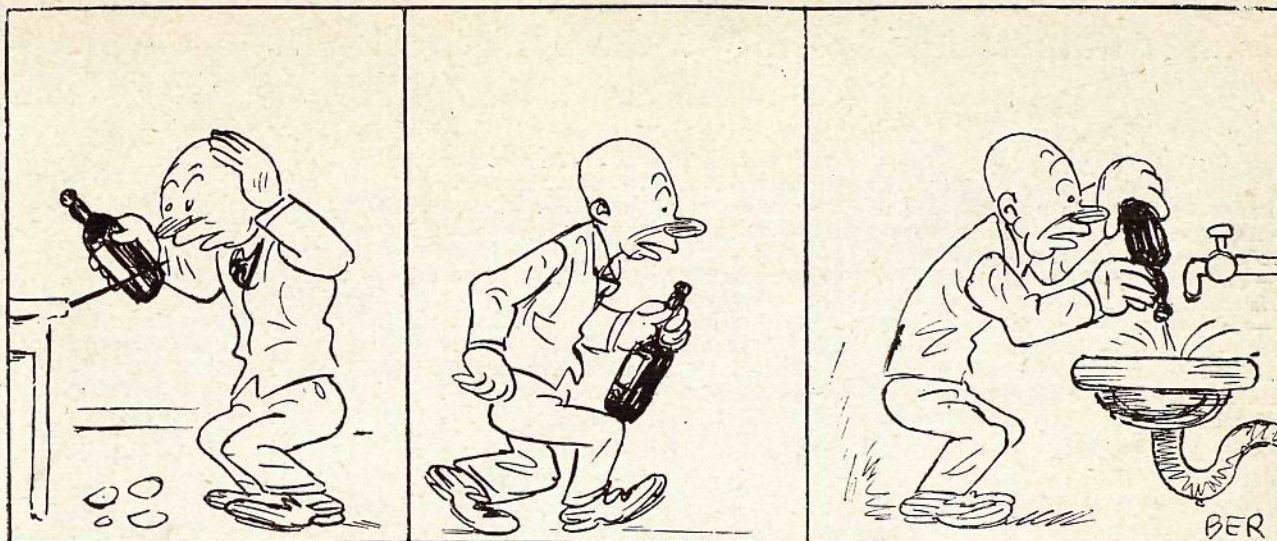
—Pero si tengo entendido que no sabes leer.

—No, señor, no sé.

—Ni escribir tampoco.

—A mano, no; pero a máquina ¡sí me llevan el dedo, escribo yo hasta el chino! Cuanti más, que todo puede arreglarse; ese inconveniente lo tengo yo zanjao. El amanuense será Donato, el medidor de la tasca del señor Dimas, que, según dicen, tié una letra de primera, sobre todo las mayúsculas. En lo que creo que no está mu bien es en eso de poner las haches en su sitio; pero eso tampoco es óbice; las coloca

Historieta, por Bergstrom.



usté, si sabe, cobrando, naturalmente, su «conqui» y con lo que sobre del sueldo nos arreglaremos el medidor y yo.

Me se ha ocurrido esto del periódico pa remediar una injusticia.

—¿Una injusticia?

—Sí, señor. No hay día que no nos digan los papeles, según oigo leer, que la marquesa de Tal ha tenido un robusto infante; que al padre, el marqués, se le cae la baba, y que al chaval le bautizará el obispo de Sión. En seguida dicen que un duque convi-

da a sus amigos a una cacería, y que han salido para París los príncipes del Congo.

—Eso son los ecos del gran mundo; la vida de sociedad.

—Bueno; pues tóos estamos en el mundo y tóos tenemos derecho a la vida. También la gente del pueblo tié sus rorros, cogen liebres y se van a Alicante los veranos. Pa decir esto y otras cosas es pa lo que quiero hacerme periodista, y pa que vea usté que hay estilo ahí van unas cuantas noti-

cias que voy escribiendo a medias con Donato pa irnos entrenando...

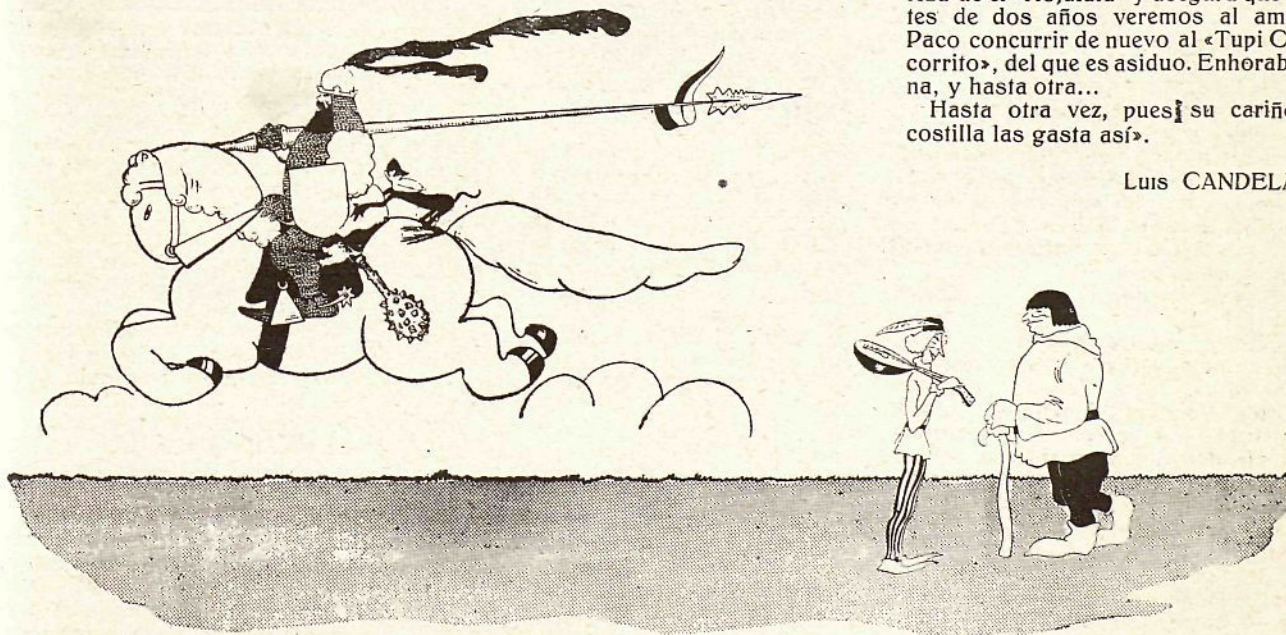
Y me entregó unas cuartillas, sin ortografía, pero con una letra inglesa admirable.

Para que vea el señor Nicasio que no le olvido, ahí va una noticia de las suyas:

«Paco «el Hojalata» se encuentra muy restablecido de su grave dolencia. La cox que le dió su señora conyugüe no ha tenido el funesto desenlace que esperábamos todos. El veterinario que le asiste se hace cruces de la naturaleza de el «Hojalata» y asegura que antes de dos años veremos al amigo Paco concurrir de nuevo al «Tupi Cascorrito», del que es asiduo. Enhorabuena, y hasta otra...

Hasta otra vez, pues! su cariñosa costilla las gasta así».

Luis CANDELA



—¡A mi señor, don Nuño, no le pueden herir ahora!

—¡Ya veo que lleva mas-coia.

Historia del pequeño Epifanio Girard y de otro niño que había leído la historia del pequeño Epifanio Girard

por ALPHONSE ALLAIS

I

Existe en Filadelfia un hombre que —cuando no era más que un pobre pequeño—entró en un Banco y dijo:

—Caballero, por favor, ¿no necesitaría usted un niño?

—No, pequeño—respondió el banquero—; no necesito ningún niño.

Lleno de pena, con lágrimas en las mejillas y sollozos en la garganta, el pequeño bajó la escalera de mármol del

Banco, mientras chupaba un *pirulí* que había comprado con una moneda robada a su buena y piadosa tía.

Disimulando su corpulencia, el banquero se escondió detrás de una puerta, persuadido de que el niño le iba a tirar una piedra.

El niño, en efecto, había recogido algo del suelo: era un alfiler, que prendió a su pobre pero ajada chaquetilla.

—¡Venga aquí!—gritó el banquero al niño.

El niño vino aquí.

—¿Qué ha recogido usted?—preguntó el majestuoso banquero.

—Un alfiler—contestó el niño.

El financiero continuó:

—¿Es usted bueno, niño?

El niño dijo que era bueno.

—¿A quién vota usted?... Oh, perdón. ¿Va a la escuela del domingo?

El niño dijo que iba.

Entonces, el banquero mojó una pluma de oro en la más pura de sus tintas, escribió en un pedazo de papel: *St. Peter* y preguntó al niño qué era eso.

El niño contestó que eso era *Salt Peter*.

—No—dijo el banquero—, esto es *San Peter*.

El niño hizo: ¡Oh!

El banquero tomó cariño al pequeño, y el niño hizo otra vez: ¡Oh!

Entonces el banquero asoció al niño a la casa y le dio la mitad de los beneficios y todo el capital.

Y, más tarde, el niño se casó con la hija del banquero.

Todo lo que poseía el banquero fué el niño quien lo tuvo.

II

Después que mi tío me hubo contado esa historia, pasé seis semanas recogiendo alfileres delante de un Banco.

Esperaba siempre que el banquero me llamase para decirme:

—¿Niño, es usted bueno?

Yo le hubiera contestado que era bueno.

Entonces él hubiera escrito *St. John*, y yo le hubiera dicho que eso quería decir *Salt John*.

Hay que suponer que al banquero no le corría prisa de tener un asociado o que su hija era un hijo, porque un día me gritó:

—Niño, ¿qué recoge ahí?

—Alfileres—respondí cortésmente.

—Enséñemelos.

Los cogió y yo me descubrí, y con el sombrero en la mano esperé, dispuesto a convertirme en su asociado y a casarme con su hija.

Pero no fué a eso a lo que me invitó.

—Estos alfileres—rugió—pertenecen al Banco, y si le encuentro de nuevo merodeando por aquí, le suelto los perros.

Me marché, dejando a ese desalmado en posesión de mis alfileres.

¡Y que se diga, sin embargo, que así sucede en la vida!

E. N.



Dib. MEL.—Madrid.

—¡Pobre Tonito! De la patada que le han dado se ha quedado medio tonto!...

—Pues no puede quejarse...

—¿Por qué?

—¡Porque antes de la patada era tonto del todo!

CORRESPONDENCIA MUY PARTICULAR

No se devuelven los originales ni se mantiene otra correspondencia que la de esta sección

Toda la correspondencia artística, literaria y administrativa debe enviarse a la mano a nuestras oficinas, o por correo, precisamente en esta forma:

BUEN HUMOR
APARTADO 12.142
MADRID

Ceferino Cinglénz. Madrid.

Esa interviú tremebunda en la que es usted injusto, a más de ser de mal gusto le expone a usted a una tunda y a nosotros a un disgusto. Al disgusto de ver cómo le atizan a usted *candela*, sin que nosotros lo pudiésemos evitar, porque que no nos poníamos en medio, eso es viejo!

AMADOR
FOTÓGRAFO
PUERTA DEL SOL. 13

C. V. V. Madrid.—Sus composiciones *Los pequeños problemas* y *Un olvido*, que aspiraban a engrosar nuestra rica colección de ingeniosidades, no pueden lograr sus aspiraciones. Varios e insistentes descuidos de rima, que demuestran que están hechas a desbócate-pluma, han determinado esta fatalísima consecuencia.

Lea usted "Vida Madrileña"
Anuncie en
Oficinas: Fuencarral, 166
Director: DOZ DE LA ROSA

Una perchelera. Málaga.—Entantadorísima amiga: toda nuestra fogosa galantería, todo nuestro acendrado amor al bello sexo, todo nuestro decidido entusiasmo por el feminismo triunfante y avasallador, no bastan para que nos decidamos a publicar su cuento, que, dicho aquí en secreto y para que no se entere nadie, es tan viejo, tan viejo, que Noé a su lado resultaría un *boy-scout*.

Lucas Gómez. El Pardo.—Ni *La bata gris*, ni sus versos ¡*A Madrid!* añaden ni un pobre ápice a su bien ganada gloria. Es casi seguro que no nos vamos a decidir a publicarlos. Acostúmbrase, por tanto, a esta desconsoladora idea, para que la sorpresa no le cause una muerte repentina.

"Valdezarza" El mejor purgante

Presentando este anuncio en Arenal, 26, se regalará una botella pagando solamente el casco. Felipe Santos.

F. M. A. Madrid.—No sirve *La batalla de flores*. Y *La muerte de Díez*, tampoco. ¿Está suficientemente claro que no sirven ninguna de las dos cosas?

F. S. de Y. Madrid.—Queda admitida también la última composición que nos envió.

Pirandello. Avila.—Se publicará su dibujo.

M. M. M.—¡Tres *emes* nada menos!... ¡Y pensar que con una sola es bastante para calificar sus versos!... Claro está que con tres se califican todavía mucho mejor...

CASA JIMÉNEZ

Primera casa en

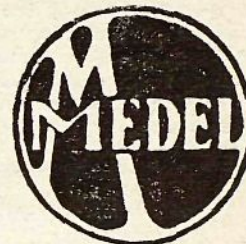
OBJETOS PARA REGALOS

Aparatos fotográficos.
Cinematografía.

Preciados, 58 y 60.

Pepito. Madrid.—Le vamos a dar una tristísima noticia: *Los hijos* han ido al cesto. Pero debemos añadir una cosa en nuestro descargo, y que no estamos dispuestos a callarnos: ¡Aunque se trate de sus hijos, sepa usted que son muy malos!

L. P. Madrid.—Como usted nos dice que no se enfada aunque arrojemmos al cesto de los papeles su artículo, aprovechamos la ocasión y lo hacemos. ¡Ya está!...



GRAN VIA, 18
JUGUETES
COCHES DE NIÑO

anciana que el proyecto de ley de Administración Local. Además, le diremos a usted dos cosas, para su conocimiento: que las sardinas no es conveniente ni corriente pescarlas con caña. Y que desde luego no



SORPRENDENTES
son los productos americanos de
BELLA AURORA

Recomendados por la Facultad
de Farmacia de Barcelona
Grandes premios en 1915, 1919 y 1921

Beni-Fer. Madrid.—Sus dos dibujos, Dios mediante, honrarán nuestras columnas un día de éstos. O mejor dicho, dos días, porque

L. V. de la I. Bilbao.—Inocentito, vulgarcito, sosito, bastante larguito y un poco descuidadito. Afine un poquito, pollito.

EMILIANO GARCÍA

Mercería, Pasamanería
y Novedades
Precios económicos
96, Fuencarral, 96

¡La lotería de la suerte!

Rita Seoane Admón. núm. 10
37, Mayor, 37

Envíos a provincias
Pruebe su suerte en Mayor, 37

publicaremos primero uno y después otro. O primero el otro y después el uno, pues suponemos que a usted le dará lo mismo, con tal de que se publiquen los dos

R. P. Palma de Mallorca.—Bien escrito, en lo que cabe, pero inoportunísimo de asunto. Buen Humor necesita cosas más estridentes y sobre todo más nuevas.

se pescan en el Jarama, como parece que quiere usted dar a entender en su precioso artículo.

J. L. G. Colonia de Carabanchel.—Es gracioso el cuento, pero su liviana brevedad hace que le consideremos inadecuado como trabajo de colaboración. Ni artículos kilométricos, ni cuentos milimétricos. Lo elegante es el justo medio.



Ventura Mato Tafelo. Ceuta.—Son tantas las veces que se han quejado los escritores de las niñas que tocan el piano o el arpa en su vecindad, que estamos seguros de que las quejas de usted no habían de ser atendidas. ¿Para qué darías a la publicidad si sabemos, por desgracia, que sería inútil?... ¡Quejese usted de otra cosa, más original y de más gracia, y entonces le secundaremos ofreciéndole amablemente un sitio en nuestro semanario!



Boca sana :- Dientes blancos.
Aliento perfumado.
CORTES, HERMANOS.—BARCELONA

EL BUEN HUMOR DEL PÚBLICO

Para tomar parte en este Concurso, es condición indispensable que todo envío de chistes venga acompañado de su correspondiente cupón y con la firma del remitente **al pie de cada cuartilla, nunca en carta aparte**, aunque al publicarse los trabajos no conste su nombre, sino un seudónimo, si así lo advierte el interesado. En el sobre indíquese: «Para el Concurso de chistes.»

Concederemos un premio de **DIEZ PESETAS** al mejor chiste de los publicados en cada número.

Es condición indispensable la presentación de la cédula personal para el cobro de los premios.

¡Ah! Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuran como autores de los mismos.

El premio del número anterior ha correspondido al siguiente chiste:

Entre marido y mujer.

ELLA.—¿Por qué no te levantas? ¿Es que no te encuentras bien?

EL.—Precisamente por eso no me levanto, por lo bien que me encuentro.

Orlletiar.—Madrid.

El colmo de un pescador:
Pescar un mero espectador.

D'Asco.—Melilla.

—Acabo de beber un vino añejo, de más de cuarenta años.
—¡Eso no es nada! ¡Yo bebí el otro día un vino que, fíjate si sería viejo, que estaba arrugada la botella!

Víctor Soto.—Burgos.

VINOS DE LA
COLONIA DE SAN JOSE
Fuencarral, 90, duplicado
Teléfono J. 718

Jugadores de fútbol:
El más castizo: Triana.
El más ingenioso: Gracia.
El de mejor humor: Alegre.
El más religioso: Sacristán.
El más limpio: Escoba-l.
Y el más ordinario: el extremo izquierdo del Madrid, porque es Del Campo.

Otrebla Zerep.

FAJAS DE GOMA
Sostenes IDEAL
PRESA Fuencarral, 72.
Teléfono 48-00.

En una carnicería.
LA CRIADA.—Mi señorita quiere que los cinco jamones sean de la misma calidad.
EL CARNICERO.—Pues irás bien servida, porque te los vas a llevar todos del mismo cerdo.

Mauricio de Grandry y Alexis.
Madrid.

El colmo de un chófer.
Parar en seco un día de lluvia.

Herrero.—Barcelona

—¿Cuál es el colmo de la transformación?
—Tirar un tiesto por un balcón y que suba un guardia.

Ostrogodo.

—¿En qué se parece un relato falso al bálsamo que ponen en las heridas?
—En que es un-güento.

Emilio L'Afitrión.

ALBERTO RUIZ
JOYERÍA.—CARRETAS. 7
Pulseras de pedida.
A la presentación de este anuncio, se descuenta el 10 por 100.

—¿Cómo sacaría tú un perro de un pozo?
—Mojado.

Pedro Vizcaino.—Melilla.

—¿Cuál es el mejor sitio para que las jóvenes busquen novio?
—La Plaza de Toros, porque los hay con sombra, en-tendidos y alguno que otro a-grada.

Majitas.

Bodegas de los CEAS
Bebed Licor Benedetto, Anís Santa Margarita y Anisette Venus.
Alberto Aguilera, 29. Teléfono 10-59

—¿Delante de quién no se puede cometer un crimen?
—Delante de una sardina, porque la sardina, generalmente, de-lata.

Juan Manuel Abad.

—En un jardín zoológico que está ardiendo, ¿a qué animales deben acudir primero los bomberos?
—A las llamas.

El Bandolero Audaz.

En la taberna.
Después de una trifulca terrible, resulta una mesa con una pata rofa.
Los alborotadores han escapado, pero el tabernero quiere hacerle pagar los desperfectos a un pobre hombre que, durante la riña, ha permanecido acongojado y tembloroso detrás del mostrador.
—¡Pero, señor!...—dice el infeliz—. No habiéndome yo metido en nada, ¿es justo que pague el pato?
—No, ¡si lo que va usted a pagar es la pata!

Menesitas.

El dueño de una paragilería, para festejar su santo, ofrece unos habanos a sus conferullos. Al llegarle el turno a uno que no fuma, dice éste:
—Muchas gracias, no fumo; pero, para no desairarle..., cogeré un paraguas.

Sor.—Madrid.

En un examen.
—¿Qué cambio se efectúa en el agua cuando se convierte en hielo?
—Que varía de precio.

Niñita.

PASTILLAS DE CAFÉ Y LECHE

VIUDA DE CELESTINO SOLANO

Primera marca mundial

LOGROÑO.

Un cazador enseña a su hijo el manejo de la escopeta.
—Mira, niño, para disparar hay que darle fuerte al gatillo.
—¿Y si viene la gata?

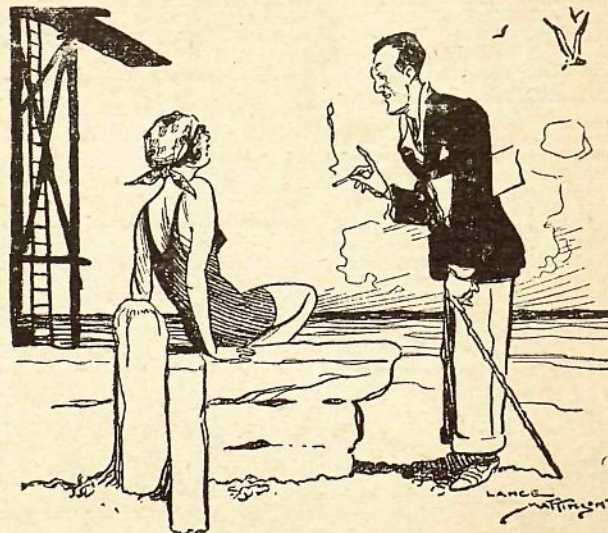
Fernando Castillo.—Algeciras.

Un muchacho sube a un árbol para robar fruta y es sorprendido por un guardia.
—¿Qué haces ahí? ¡Pillito! ¡Ladrón!
—¡Haga usted el favor de no faltar!... He subido porque se había caído una manzana y la he vuelto a poner en su sitio.

Santiago Santacréu.—Madrid.

ARTES DE LA ILUSTRACIÓN
Provisiones, 12.

Siempre dice Matilde:
«¿Qué guapo viene Bartolo desde que usa de Orive Licor del Polo!»



(De Lit-Bits, Londres).

EL.—¿Es usted, por casualidad, la señorita a quien he dado un beso ayer tarde en la playa?

ELLA.—¿A qué hora?

BUEN HUMOR

SEMANARIO SATÍRICO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

(Pago adelantado.)

MADRID Y PROVINCIAS

Trimestre (13 números).....	5,20 pesetas.
Semestre (26 —).....	10,40 —
Año (52 —).....	20 —

PORTUGAL, AMÉRICA Y FILIPINAS

Trimestre (13 números).....	6,20 pesetas.
Semestre (26 —).....	12,40 —
Año (52 —).....	24 —

EXTRANJERO

UNIÓN POSTAL

Trimestre.....	9 pesetas.
Semestre.....	16 —
Año.....	32 —

ARGENTINA. BUENOS AIRES.

Agencia exclusiva: MANZANERA, Independencia, 856.

Semestre.....	\$ 6,50
Año.....	\$ 12,—
Número suelto.....	25 centavos.

Redacción y Administración:

PLAZA DEL ÁNGEL, 5.—MADRID

APARTADO 12.142



Calzados PAGAY

LOS MÁS SELECTOS, SÓLIDOS Y ECONÓMICOS

MADRID: Carmen, 5.

BILBAO: Gran Vía, 2.

PARIS y BERLÍN
Gran premio
y
Medallas de oro.

BELLEZA

No dejarse engañar,
y exijan siempre es-
ta marca y nombre
BELLEZA

Depilatorio Belleza Tiene fama mundial por ser el único inofensivo y que quita en el acto el vello y pelo de la cara, brazos, etc., *matando la raíz* sin molestia ni perjuicio para el cutis. Resultados prácticos y rápidos. Único que ha obtenido Gran Premio.

Tintura Winter Basta una sola aplicación para que desaparezcan las canas. Sirve para el cabello, barba o bigote. Da matices perfectamente naturales e inalterables. Pídanla negro, castaño oscuro, castaño natural, castaño claro, rubio. Es la mejor, más práctica y más económica.

Angelical Cutis LÍQUIDO (blanco o rosado). Este producto, completamente inofensivo, da al cutis *blancura fija y finura envidiables*, sin necesidad de emplear polvos. Su acción es tónica, y con su uso desaparecen las imperfecciones del rostro (*rojeces, manchas, rostros grasientos*, etc.), dando al cutis *belleza, distinción y delicado perfume*.

Pelífero Belleza Vigoriza el cabello y lo hace renacer a los calvos, por rebelde que sea la calvicie.

Loción Belleza Con perfume de frescas flores. Es el secreto de la mujer y del hombre *para rejuvenecer su cutis*. Recobran los rostros marchitos o envejecidos *lozanía y juventud*. Especialmente preparada y de gran



poder reconocido para hacer desaparecer las *arrugas, granos, barros, asperezas*, etc. Da firmeza y desarrollo a los pechos de la mujer. Absolutamente inofensiva, pues aunque se introduzca en los ojos o en la boca no puede perjudicar.

Almendrolina Belleza CREMA ALMENDRO-LINA. Es la reina de las cremas. Complace a la persona más exigente. *Rejuvenece, embellece y conserva el rostro*, y, en general, todo el cutis de manera admirable. En seguida de usarla se notan sus beneficiosos resultados, obteniendo el cutis *gran finura, hermosura y juventud*.

La CREMA ALMENDROLINA, marca BELLEZA, garantizamos estar exenta de grasas y demás sustancias que puedan perjudicar al cutis. Reúne las condiciones máximas de pureza, y es completamente inofensiva. Preparada a base de finísima pasta de almendras y jugo de rosas. Delicioso perfume.

ES EL IDEAL Rhum Belleza FUERA CANAS

A base de nogal. Bastan unas gotas durante seis días para que desaparezcan las *canas*, devolviéndoles su color primitivo con extraordinaria perfección. Usándolo una o dos veces por semana, se evitan los *cabellos blancos*, pues, *sin tenerlos*, les da color y vida. Es inofensivo hasta para los *herpéticos*. No mancha, no ensucia ni engrasa. Se usa lo mismo que el ron quina.

DE VENTA en las principales perfumerías, droguerías y farmacias de España y América.—Canarias: droguerías de A. Espinosa.—Habana: droguería de Sarrá, Teniente Rey, 41.—

Fabricantes: ARGENTÉ, HERMANOS, Badalona (España)

BUEN HUMOR



Dib. SAMA.—Madrid.

EL MONO.— ¡Oye! ¿Por qué llevas ese cuerno en el hocico?

EL RINOCERONTE.— ¡¡¡Porque me sale de las narices!!!

Ayuntamiento de Madrid

—Ese
—Cá,